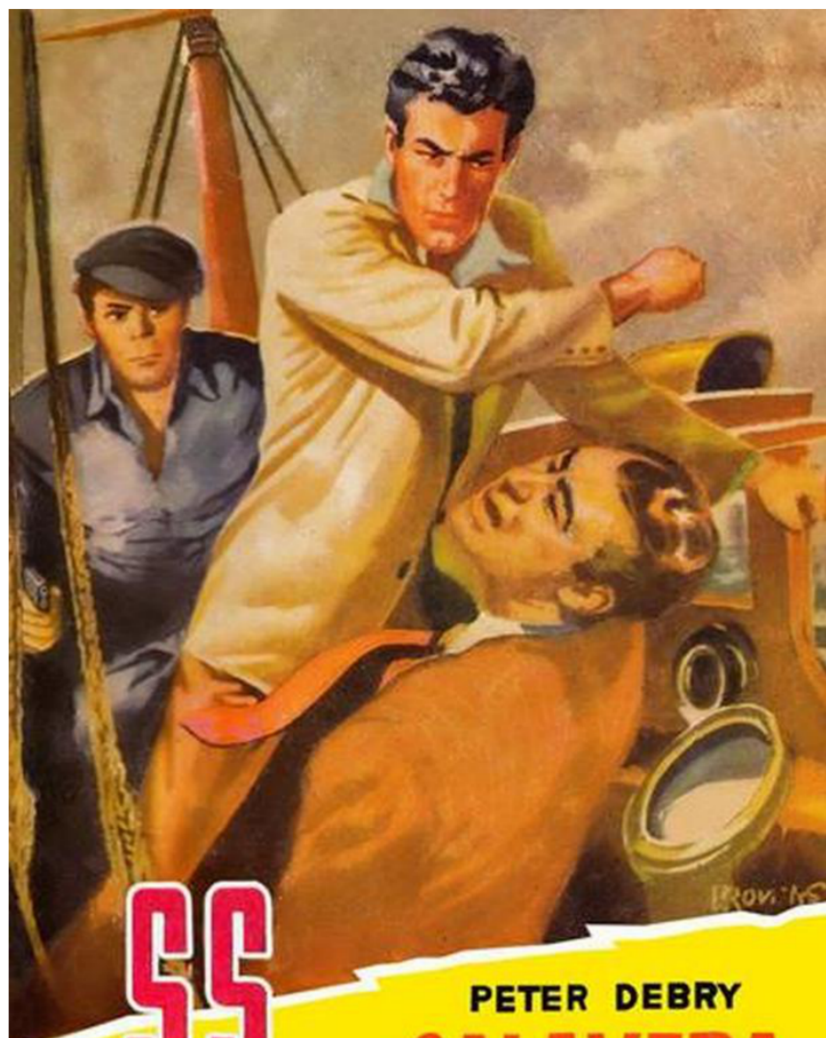

SS
SERVICIO SECRETO
PETER DEBRY
CALAVERA DE PLATA

PETER DEBRY

CALAVERA DE PLATA

1ª EDICIÓN
MAYO – 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA


Calavera
de PLATA
por PETER DEBRY

I

Ella era muñeca rubia, rolliza, con largos bucles y muy mimada. Y sus dos pretendientes rivalizando en cortejarla, tenían frecuentes entrevistas privadas, de las que salían con alguna que otra hinchazón y las ropas bastante sucias.

Ella se llamaba Arline Wanders, y era hija del director del Banco Central de Mobile, la segunda ciudad en importancia del estado de Alabama.

Los cien mil habitantes con que cuenta aproximadamente Mobile, decían que Ralph Wanders era un orgulloso financiero, su esposa, una sumisa dama de dulce carácter, y su hija Arline, un prodigio de belleza infantil.

Una amiga de Arline, buscando confidencias, las obtuvo a cambio de trocar una sarta de corales por un muñeco de goma propiedad de Arline Wanders, y que ésta despreciaba ya.

La amiga tenía doce años y el naciente espíritu fisgón femenino. Tardó en hacer su pregunta, dando rodeos, hasta que miró a su interlocutora con cierta protección, porque Arline Wanders sólo tenía once años y ocho meses, aunque afirmaba tener ya catorce.

—Y hablando de todo un poco, Arl… ¿A quién prefieres de los dos?

Arline Wanders, no menos femenina, dilató al máximo sus ojazos azules, como si la pregunta fuera plenamente un jeroglífico.

—¿De quién hablas?

—Estamos solas, y somos muy amigas, ¿no es verdad? Comprendo que seas discreta, pero entre amigas, ¿no? Me refiero a Burt Talbot y a Freddy Wilson.

—¡Bah!… —replicó Arline Wanders, tratando de poner en la desdeñosa exclamación, toneladas de indiferencia—: Los dos son unos golfos… Bueno, eso es como les llamó el otro día papá, sin saber que yo escuchaba, sin querer.

—Serán golfos, que tendremos que preguntar lo que es… porque Mobile está en un golfo… En fin, ya lo averiguaremos. Pero el caso es que los dos son muy simpáticos. Burt Talbot es graciosísimo contando cosas e imitando a las señoras de edad, y Freddy Wilson es muy valiente. El otro día se lanzó al agua desde muy alto, para recogerme un pañuelo que… Bueno, cosas que pasan.

Fulgurantes los ojos, Arline Wanders recogió su muñeco de panoplia y devolvió majestuosa la sarta de corales. Dijo, tajante:

—Eso es feo, Geny. Los novios míos no deben tirarse al agua por el pañuelo de otra.

—¡Oh, bueno, eso de que sean tus novios!… Además, sólo puedes tener uno a la vez. Es lo que se estila entre señoritas. Uno a la vez. No hay que enfadarse, Arl. Tú escoges, y yo acepto.

—¡Los dos para ti! Te los regalo. ¡Son dos golfos, eso es, ea!

Los dos «golfos» se hallaban en aquellos mismos instantes contemplando las evoluciones de un balandro.

Burt Talbot, alto, esbelto, cabello castaño y ojos claros, fumaba con displicencia y gestos armoniosos, el «cuarto» cigarrillo. Los mareos producidos por el primero y segundo, los aguantó a solas.

Ahora ya tenía más confianza en que el humo que expelía por las narices, no le produciría angustias ni saludos repentinos en arcadas estomacales.

A su lado, sentado como él, con las piernas colgantes sobre el agua verdosa de un rincón de la anchurosa bahía, ofrecía Freddy Wilson un contraste detonante.

Era más bajo, achaparrado, muy moreno y ceñudo. Tenía dos meses menos que Talbot, con sus catorce años recién cumplidos.

—Vaya cacharro, Burt —comentó Wilson mirando el balandro, cuyo elegante propietario acababa de amarrar al Club Náutico.

—No está mal. Cuando sea algo mayor, me compraré uno por este estilo.

Freddy Wilson, que era ante todo, muy práctico, opinó:

—Valen caro, y tu padre gana lo justo.

—Pero yo, cuando sea mayor, tendré los billetes a montones. Eso lo sabe muy bien éste —y Burt Talbot se golpeó el pecho con el pulgar.

—¿Y cómo? ¿Qué has pensado en ser cuando seas mayor?

—Pirata —replicó, aplomadamente, Burt Talbot.

—Ya no hay. El último lo ahorcaron hace sus buenos cien años.

—Pero hay contrabando, hay «gangsters», hay juego, en fin, enormes posibilidades para un tipo de mi talento. ¿Y tú, qué has pensado?

Freddy Wilson agachó la cabeza, titubeando. Por fin, dijo:

—Como mi padre.

Burt Talbot disparó la colilla muy lejos, empleando elegantemente el pulgar y el índice. Sonrió condescendiente:

—Cuestión de gustos, allá cada uno. Pero un policía como tu padre, cobra muy poco, y en cualquier esquina le pueden largar puñalada o metralla. Mucho riesgo para dos dolares. ¡«Nanay»!

—Seré policía. Lo ha dicho mi padre. Y además me pagará estudios, para que pueda ingresar sin vestir uniforme.

—¿De la secreta?

—Mucho mejor —dijo, con orgullo, Freddy Wilson—. Nada menos que en el «Federal Bureau Investigation». Donde están los valientes. Y mi padre cuenta ya con uno de los inspectores del F. B. I.

Burt Talbot iba a replicar, pero se puso en pie, volviendo la espalda, para efectuar un saludo ceremonioso. Pasaba Un automóvil, guiado por un chofer negro de uniforme color guinda…

Atrás, sola con su «nurse», Arline Wanders inclinó la cabeza con aires de reina en carroza.

El coche desapareció al final de la avenida. Freddy Wilson, más tardo, había iniciado el saludo cuando ya ella no podía replicarle.

Burt Talbot prendió la chispa, al decir:

—Siempre te gano, Freddy, porque soy más listo, más rápido. Cuando tú te levantas, ya estoy acostado.

—Puede que haya algo en que no me ganes, tío listo.

—¿Ah, sí? —Y Burt Talbot bostezó, dándose leves golpes con los dedos en los firmes labios—. ¿Y se puede saber en qué no te puedo?

—A trompazo limpio. Te doy más de los que recibo.

—Hoy estoy de buen humor, y sin ganas de pelea, Freddy. Lo que sí debes tener es temple de jugador. Si Arline me prefiere a mí…

—¡Está por ver!

—Y se verá. Lo principal es que tú y yo, por ahora, somos unos pobretones, y la familia Wanders es la mejor en caja fuerte de la

ciudad. Pero pasarán los años, y algún día, bien forrado de billetes, veré yo al viejo Ralph suplicarme de rodillas que consienta yo en agarrarle mano a Arline.

Chocado por aquel espantoso cinismo, Freddy Wilson replicó seco:

—Acabarás mal, Burt. Eso dice mi padre.

—Tu padre es policía, y hasta cuando ve volar una mosca, trata de averiguar si acaba de robarle miel al tendero. No hay que enfadarse, Freddy. Lo que pasa es que a mí me gustan todas, aunque distingo a Arline, y tú solo ves a Arline. Cuestión diferencial. Yo soy cerebro intelectual y tú eres de una pieza, algo bruto. Los años pasarán. Y ahora me voy, porque me espera Geny.

Los años pasaron. Arline Wanders fué enviada a Europa por su familia, a una Universidad inglesa.

Primero, Freddy Wilson se desesperó, llorando por la noche, mordiendo la almohada. Después, cuando su padre le anunció que había sido trasladado a Montgomery, la capital de Alabama, y allí podría estudiar para ingresar en la academia del
F. B. I.,
se juró llegar a ser alguien, y cuando volviera Arline de su largo viaje…

Burt Talbot al morir sus padres, dijo que iba a hacer fortuna. No dijo dónde…

Se comentó en el año 1946, que Burt Talbot estaba en Nueva York, y vestía muy elegante.

En el año 1948, alguien volviendo de Montgomery, dijo que el joven Freddy Wilson acababa de ser aprobado en sus exámenes finales, y pertenecía ya a la plantilla de los agentes del
F. B. I.

En el año 1949, después de distintas experiencias, Burt Talbot se instalaba en Montgomery. Le atraía su estado natal de Alabama.

En Nueva York, en Filadelfia y en Chicago, había ido ganando dos apodos: «el don Juan», entre las mujeres; «el maniático», entre los hombres.

Alto y esbelto, pero de amplias espaldas, practicaba a diario una gimnasia especial, y también a diario dedicaba un par de horas a bailar, un ejercicio en el que se distinguía.

Hacía más de ocho años que no había vuelto a ver a Arline

Wanders, ni a su rival amigo, Freddy Wilson. No quería volver a Mobile, porque aquel puerto se le antojaba un pueblo de pesca, aburrido y lleno de prejuicios.

En Montgomery, con sus doscientos ochenta mil habitantes, había toda clase de diversiones, y aunque mucho menos populoso que Nueva York, tenía una gran ventaja.

Podía conseguir mayores beneficios, y había menos competencia. En un sexto piso, donde se instaló, la puerta tenía placa de caobilla, donde en letras plateadas, se leía:

«BURT TALBOT *Detective privado. Toda clase de investigaciones».*

II

Burt Talbot, con los pies sobre la mesa del despacho, leía una revista de crónicas sociales, editada en Montgomery. Se iba asimilando los nombres de las familias ricas.

Pese a los anuncios aparecidos en los cinco periódicos de la ciudad, no había aun recibido la visita de ningún cliente.

Bostezó, alargó el brazo y cogió a tientas el alto vaso que contenía *whisky*. Bebió un sorbo, encendió un cigarrillo, y se arrellanó más cómodamente.

Pero saltó con elasticidad cuando el timbre tintineó en su puerta. La puerta que daba acceso directamente al despacho.

Fué a abrir, ajustándose el cruce de su bien cortada americana gris, y el nudo de la sedosa corbata.

En el marco estaba un individuo de estatura regular, cara de boxeador, vistiendo correctamente, pero sin elegancia. Muy moreno…

—Buenos días. Siéntese, por favor —dijo.

Burt Talbot señalaba el interior del despacho, hacia el tresillo de cuero.

Cerrada la puerta, fué a ocupar su sillón tras la mesa, donde se sentó, atento. Ofreció:

—¿Un cigarrillo? ¿Una copa de algo?

El visitante, que no se había quitado el sombrero de fieltro, más que mirar parecía retratar a Burt Talbot con ojos calmosos.

Y de pronto. Burt Talbot rió suavemente, brillantes los pardos ojos, en el guapo rostro viril.

—¿Pasa algo? —masculló el visitante.

—¡Vaya que sí! Al pronto no te reconocí. Han pasado más de ocho años. Pero tu expresión y el modo de hablar, no han cambiado. ¡Que me cuelguen si tú no eres Freddy Wilson!

No se tendieron la mano. Se miraron en silencio, y, por fin,

Wilson, algo molesto, declaró:

—Sí, soy Freddy Wilson, agente del
F. B. I.

—Te saliste con la tuya. Recuerdo que querías ser… lo que precisamente eres.

—También recuerdo que querías ser pirata. Y casi… casi lo has conseguido.



—También recuerdo que querías ser pirata.

—La rivalidad entre la policía oficial y la particular, es absurda, Freddy. Tengo mi licencia en orden, y el permiso para instalar agencia privada de investigaciones en Montgomery, como sede, y por todo el estado. ¡Demonios! No me digas que has venido en misión oficial. Tendría mucha gracia.

—No la tiene, Burt. Ni siquiera sabía que estabas aquí, pero mi jefe me avisó… porque lo solicité, cuando supe que se estaba investigando tu pasado y las razones que pudieras tener para instalarte en Montgomery.

—Claro como la luz del día primaveral. Tengo que vestir, comer, como cualquier hijo de vecino. Mis papeles están en regla.

—Puedes entonces decirme si también están en regla los informes que tenemos en el Departamento sobre tus andanzas. Fuiste botones de un *cabaret*, cuando te marchaste de Mobile. Después, pasaste a ser bailarín profesional en el mismo *cabaret* de Nueva York. Cierta noche salvaste de un apuro a un depravado millonario, que estaba en manos de un chantajista, y que como agradecimiento, teniendo influencia, puso los medios materiales y morales, para que te instalases en Nueva York, como detective privado. ¿Es así?

—Perfecto. ¿Qué más?

El tono de Talbot era áspero.

—Te marchaste a Filadelfia, con tu agencia, y después a Chicago. Hoy estás aquí.

—Tengo el espíritu viajero. ¿Es un delito? Había demasiada competencia por allá.

—El caso es que cuantas veces interviniste en investigaciones, descubriste antes que la policía oficial, las soluciones.

—Talento.

—Alguien supuso otra cosa.

—¿Y tú?

—Yo me limito a exponerte lo que dijo mi superior. Eres poco grato a la policía oficial, Burt Talbot.

—Me importa un pepino.

—Lo saben ellos. Y mi jefe dice que al primer desliz…

—Yo piso firme, y no resbalo. Me gano el cocido decentemente. Pero no has dicho qué era lo que «alguien supone».

—Que juegas doble. Que montas la salsa. ¿Lo entiendes?

—La jerga policial es tan igual a la del hampa, que la conozco perfectamente. No puedo evitar que me tengan envidia. Cualquier polizonte chasqueado, al verme aclarar lo que él era incapaz de averiguar, imaginó esa calumnia. Que yo preparaba el delito, y después lo descubría. Algo así como asesino, ladrón y detective a la

vez. Pero ya que estás tan al corriente de mis pasos, habrá un detalle que te habrá chocado. Yo he descubierto al ladrón, al chantajista o al asesino… y nunca fui yo mismo el culpable, sino el descubridor.

—Te consideran un tramposo inteligente.

—Gracias. ¿Es opinión tuya personal?

—Por ahora, no. Repito que estoy diciéndote lo que opina mi departamento.

—Otra cosa. ¿Tengo derecho a decir que os mando al cuerno a todos juntos,
F. B. I.,
Metropolitana y si se tercia
C. I. A.?

—Tienes derecho —dijo seriamente Wilson.

No había sonreído una sola vez, al contrario de su antagonista.

—Gracias. ¿Y puedo decir que sigues siendo tan antipático como siempre?

—Lo celebro, Burt. Ya he echado fuera lo desagradable de mi misión. Estás vigilado… y advertido. No podemos expulsarte de Alabama, mientras no haya algo sólido contra ti. Y ahora, suerte y adiós.

En pie, Burt Talbot cogió su vaso y lo apuró. Miraba con ojos sarcásticos al que se dirigía hacia la puerta…

—Un momento, Wilson.

El agente del
F. B. I.,
que empuñaba ya el asidor, dió media vuelta.

—El tiempo dirá si acabaremos peleando muy privadamente, Wilson. Pero ya que viniste a advertirme, aunque con cierta lástima, que me ha herido más que un insulto, quiero yo hacerte otra advertencia.

Burt Talbot avanzó unos pasos, elásticos, felinos, y cuando estaba casi rozando al agente del
F. B. I.,
dijo quedamente, casi silabeando, como si mordiera las palabras:

—En todos los terrenos. Freddy Wilson, en todos los terrenos, siempre te ganaré. ¿Eres soltero?

—Sí.

—¿Tienes novia?

—No.

—Esperaré, entonces…

Freddy Wilson crispó las mandíbulas, pero conteniéndose, dió media vuelta y abandonó el despacho, cerrando de un portazo.

Burt Talbot volvió a instalarse en su sillón, tendidas las piernas. Se sirvió otra generosa ración de *whisky*, y de pronto recordó a la muñeca mimada, de ojazos azules, hija del más conspicuo ciudadano de Mobile.

Estaba lejos aquello. Sería ya una mujer casada…

Pasó una semana sin que ningún cliente apareciera por el despacho.

No había vuelto a ver a Freddy Wilson. Continuaba su anuncio en la prensa, citando teléfono, y asegurando la máxima discreción.

El lunes, cuando llevaba ya quince días en Montgomery, el teléfono sobre la mesa del despacho, repiqueteó. Eran las nueve de la mañana…

Burt Talbot en batín, pasándose la mano por los despeinados cabellos, tambaleándose, surgió de su alcoba, para coger primero el frasco de *whisky*.

Cuando hubo bebido un largo sorbo, quitó de su horquilla soporte el tintineante aparato.

—Burt Talbot al habla.

Una voz lejana, femenina, replicó:

—Es urgentísimo.

—Lo supongo, ya que son horas muy tempranas.

—Sea cual sea su tarifa, tiene gastos pagados, además.

—Esto es muy agradable. ¿Y de qué se trata? No tengo costumbre de comprometerme por teléfono, y también según los casos, los rechazo.

—¿Tiene coche?

—No contesta con esto a mi sugerencia.

—Le pagaremos el *taxi* más veloz que encuentre, pero es urgente. El caso… Bien, acuda inmediatamente.

—Un momento, un momento. Por ahora, soy detective privado, porque el amo de la agencia soy yo, ya que la agencia entera soy yo.

—Dos mil dolares, señor Talbot, si antes del mediodía está aquí.

—¡Estoy! ¿Dónde?

—87, avenida de las Azaleas, Mobile.

—Ya estoy allí.

Colgó Talbot, corrió a meterse bajo la ducha, y cuando estaba frotándose vigorosamente, quedó como paralizado.

Exclamó:

—¡87, Aveni…!

Un chorro de agua entrándole en la boca, le acalló. Cerró el grifo, y pasó a secarse.

Se vistió de prisa, pero con especial esmero, eligiendo lo mejor y más sobrio. Su carrera de botones le había enseñado a reconocer al hombre distinguido, diferenciándolo del chabacano.

Bajó para meterse en el *taxi* que esperaba, pedido por teléfono. Lo prefería a su coche algo deslucido.

—¿Dónde? —inquirió el chofer.

—Mobile.

—Son veinte dolares.

—Son treinta, si llega antes del mediodía.

—«Okey», patrón.

Era un *taxi* especial y un chofer de primera, como correspondía a la compañía elegida por el detective privado.

Recostándose cómodamente, meditó Burt Talbot en que la vida era un constante azar. Volvía a Mobile ocho años después, y le pagaban dos mil dolares más los gastos.

El chofer preguntó:

—¿Dirección, patrón?

—87, avenida de las Azaleas.

Era la dirección de la lujosa mansión de la familia Wanders. Ralph, el prestigioso banquero, Eleanor, la esposa dulce y sumisa, y Arline, la mimada muñeca de ojazos azules, bucles rubios y señorial altivez…

III

Mobile, con el río y bahía de su nombre, tiene a orgullo ser la ciudad más antigua del estado de Alabama, y conservar tradiciones familiares, tan arraigadas como algunos de los blasones esculpidos en los mismos mármoles de los pórticos.

Blasones que recuerdan la época dorada en que varios cosecheros del «copo blanco», disponían de vidas y haciendas sobre extensiones de millas y millas pobladas por esclavos negros.

El algodón sigue siendo la principal fuente de riqueza del estado, pero la industrialización y el descubrimiento de minas, han ido convirtiendo el Alabama en estado genuinamente norteamericano… salvo en Mobile.

Mobile continúa poseyendo el encanto de sus calles residenciales amplias y tranquilas, sombreadas por magnolias y encinas. Tiene el orgullo de sus jardines y de la prohibición de levantar rascacielos en su barrio residencial, cuya principal avenida es la de las Azaleas.

Y siguen los negros siendo propiedad, al igual que los muebles, aunque la esclavitud lleve muchos años de derogación. Las familias negras nacen y mueren en la casa del «amo».

Todo esto le parecía a Burt Talbot un atraso inconcebible. Había buceado en intimidades muy escabrosas, y en miserias humanas, pero siempre con indiferencia, casi con satisfacción de ver que en las clases altas había ciénagas.

¿Qué sucedía en el número 87 de la avenida de las Azaleas, y por qué le llamaban precisamente a él?

El *taxi* se detuvo, y después de pagar los treinta dolares, Burt Talbot contempló la mansión Wanders. Un gran cuadro de parques, jardines y alamedas floridas.

En el centro, la casa de dos plantas, donde el vasto pórtico y la terraza de columnas de mármol, señalaba la división en dos alas. Nunca había entrado en ella, pero sabía que bajo el techo pizarroso

con chimeneas victorianas, estaban las doce alcobas, cada una de ellas provista de su cuarto de baño particular.

Decían que cada cuarto de baño tenía el juego de piezas sanitarias y mosaicos del mismo color que los cortinajes y empapelados de las alcobas.

Mientras pulsaba el zumbador de la verja, sonrió pensando qué color tendría la alcoba de Ralph Wanders. La imaginó color lila, porque siempre consideró al cabeza de familia un estúpido orgulloso, un necio poseído del sentimiento de una supuesta inteligencia.

Por la alameda central avanzaba un negro con la librea color guinda. Del llavero que colgaba de su mano, insertó sucesivamente tres llaves… Tres cerrojos… Y la verja de hierro forjado remataba en aceradas puntas.

Preguntó, antes de abrir:

—¿El señor desea…?

—Soy Talbot. Me han llamado urgentemente por teléfono.

El negro abrió, y al pisar la grava, alameda adelante, Burt Talbot se preguntaba a qué se debía su extraña impresión: algo había cambiado en la fachada, sin que pudiera definirlo.

La recordaba igual a sus tiempos de adolescente. Mármol veteado, columnas majestuosas, grandes balcones, aleros inclinados… Sin embargo, algo había cambiado.

Las casas tienen su rostro, seguía pensando. Y el rostro que cuando era adolescente se le antojaba viva imagen de los Wanders: orgullo, serenidad, aplomo, confianza en su nombre y riqueza… tenía ahora un cambio.

Algo siniestro, como un rostro crispado en mueca de temor. Pisaba ya los peldaños de la gran escalinata, y todavía no sabía en qué consistía el cambio, pero tenía la certeza de que existía.

Otro negro, en el umbral, esperó a que el llavero hiciera una señal con la cabeza. Abrió entonces, y en el dintel apareció un tercer lacayo.

Burt Talbot adquirió de pronto otra certeza. Aquellos tres negros, eran seleccionados por su fuerza. Tal vez para impresionar al visitante, pero la verdad es que hubieran tenido un gran éxito en un «*ring*» de lucha libre.

—Burt Talbot —anunció el detective al atravesar el umbral, que

nunca hasta entonces había franqueado.

Tal como pensó. Un vestíbulo impresionante, porque cada mueble, cada cuadro y cualquier objeto, tenía la pátina de dos siglos, cuando el primer Wanders se enriqueció en el tráfico de esclavos.

Ahora fué una doncella negra la que saludó, recogiendo el sombrero del visitante. Al fondo, una gran escalera giraba, desapareciendo hacia la planta alta.

La doncella precedió a Talbot hasta una puerta le caoba a la derecha. Abrió, y cedió paso.

Burt Talbot se encontró en una sala biblioteca, en la que habrían podido vivir cómodamente cinco familias numerosas.

Pero sólo había cuatro personas en ella. En silencio miraban al que avanzando, nunca se había considerado un tímido, y, sin embargo, ahora, pisando mullida alfombra, sentía algo parecido a cohibimiento.

Dos mujeres jóvenes estaban más al fondo. Apenas las miró, porque Burt Talbot consideraba que las mujeres siempre eran sus aliadas.

Debía primero identificar a los dos individuos. El más cercano, estaba en pie, cerca de una gran mesa despacho. Era fornido, muy rubio, y con cara de pocos amigos.

Vestía un uniforme azul de marino mercante.

El que se sentaba tras la mesa, era Ralph Wanders. No había cambiado mucho, pero su frente estaba más desguarnecida, pronunciándose más las entradas.

Seguía teniendo el rostro como tallado en blanca piedra, y tras las gafas montadas al aire, sus ojos azules eran penetrantes.

Habló cuando Talbot estaba a dos pasos de la mesa:

—Creo recordar que vivió usted en Mobile cuando era niño, Talbot. Tome asiento, por favor.

«El rey de Mobile consiente en acoger a un mendigo», pensó Talbot, que se sentó, esperando a ver cuándo estallaba la sorpresa.

Ralph Wanders prosiguió:

—Este caballero es el capitán Jornbolm, gerente de mis asuntos navieros.

El marino dió una brusca cabezada, a la que Talbot correspondió levantando la diestra en saludo algo incorrecto.

—Trataré de ser breve y claro, Talbot. Por determinadas razones, he sabido que usted en diversas capitales, adquirió renombre como inteligente investigador. Y lo que es más esencial, como persona de absoluta discreción, goza también de crédito.

Asintió Talbot, gravemente. Empezaba a estar intrigadísimo, como nunca en su carrera de investigador privado.

—Mi reputación personal se basa en una ejecutoria de constante honorabilidad —prosiguió Wanders—. Cualquier pequeño incidente, por leve que sea, podría perjudicarme, y esta madrugada, alrededor de las siete, ha sucedido un lamentable percance, que luego le expondré detalladamente.

Hizo una pausa Ralph Wanders. Añadió:

—Tanto el capitán Jornbolm, como mi hija Arline y nuestra invitada Geny Low, poseen mi entera confianza, y puedo ante ellos hablar con absoluta libertad.

No miró Talbot hacia las dos jóvenes. Necesitaba concentrarse en cuanto decía Ralph Wanders, y en las expresiones faciales de ambos hombres, que le detallaban como sopesando su calibre moral.

—Mi proposición es la siguiente, Talbot. Di orden a mi hija, cuando le telefoneó, para asegurarle gastos pagados y dos mil dolares de prima, si acepta iniciar su labor. Certifico una sobreprima de cinco mil dolares, si este asunto termina como deseo, sin causar el menor empañamiento en mi personalidad.

Habló por vez primera Talbot. Lo hizo secamente:

—Hasta ahora he pagado treinta dolares por un *taxi*, y no valoro mi brusco despertar. Usted me ofrece siete mil dolares, casi una fortuna, para mí. Ha afirmado que soy inteligente y discreto. Creo que así es. Pero también replique por teléfono, que soy plenamente dueño de mis actos, y, por lo tanto, no me lanzo ávidamente sobre el dinero, aunque me guste como a todos. Hasta ahora, su exordio lo he comprendido perfectamente. Ha sucedido algo que puede echar negruras sobre la blancura de mármol de la casa y familia Wanders. Y usted, en vez de acudir a la policía oficial, prefiere ver si un privado, resuelve algo que no le gustaría trascendiera al exterior.

—Más o menos, así es —y Wanders se quitó las gafas, para limpiarlas innecesariamente con su pañuelo de seda. No miro al

detective al añadir—: No lo tome como amenaza, Talbot. Usted queda libre de aceptar o negarse, pero en ambas decisiones hay un requisito esencial…

—Silencio absoluto —atajó Talbot.

—En efecto. Cuento con ello, y si no está dispuesto a cumplir este requisito, adviértalo antes de que empiece la relación del lamentable percance.

—Acepte o no, siempre ha sido la base de mi agencia, la mayor discreción, y puedo responder de ello, por cuanto como ya dije por teléfono, yo soy la entera agencia Talbot.

Se reclinó Wanders hacia atrás. El capitán Jornbolm, inclinándose, sugirió:

—Sería tal vez preferible, señor, que Talbot viera personalmente… lo sucedido.

—De acuerdo. El capitán le acompañará, Talbot, y aquí esperamos.

Talbot se puso en pie, sin mirar hacia las dos jóvenes. Siguió al marino, que, con aplomada zancada, atravesaba la vasta estancia, abría y empezaba a subir la escalera.

Burt Talbot, al llegar al rellano alto, sabía ya dónde residía el cambio del «rostro» en la mansión. Cada ventana, cualquier hueco en los gruesos muros, estaba enrejado. Hierros forjados y artísticos, pero al fin y al cabo, rejas.

Tres colosos negros, magníficos guardianes. Rejas… ¿cómo prisión, para impedir a alguien salir, o como fortaleza para evitar que alguien entrase?

El marino acababa de detenerse ante una puerta, al fondo del ancho pasillo correspondiente al ala Oeste. Tenía la mano sobre la empuñadura, y habló con autoritaria expresión:

—Debo prevenirle, Talbot, que a partir del momento en que usted vea lo que va a ver…

—Ya sé. Debo callar. Adelante.

El marino abrió, empujando, y dejó paso. Penetró Talbot en un saloncito antesala. Dominaba el color tabaco. Al fondo, una puerta abierta dejaba ver una alcoba masculina.

A la derecha, una puerta también abierta daba acceso a un cuarto de baño de mosaicos del mismo color que el empapelado de la antesala.

Burt Talbot avanzó hacia la alcoba. Todas las ventanas estaban cerradas, con pasador interior. La luz eléctrica que encendió el marino, sólo iluminó parcialmente la antesala, reflejando cierta claridad en el cuarto de baño y en la alcoba.

En la alcoba había una sombra larga, detonante, que nada tenía que ver con muebles ni cortinajes.

Burt Talbot, silbando suavemente entre dientes, pulsó el botón de luz, tras tantear la pared.

Eso era. Un ahorcado. La sombra larga…

Estaba de espaldas. Vestía pijama azul, y tenía los brazos colgantes, así como los desnudos pies.

En el suelo, una mesita redonda, derribada. Los pies del ahorcado distaban un metro del suelo. Casi la altura de la mesita derribada.

La cuerda era vulgar, y su extremo estaba anudado en el garfio que servía para sostener el remate de una lámpara, que no se veía porque la ocultaba con su busto el ahorcado.

Burt Talbot dió unos pasos, hasta colocarse frente al hombre suspendido. Un espectáculo muy desagradable… Talbot recurrió a su frasco metálico, y bebió un largo trago de *whisky*.

Mientras enroscaba de nuevo el tapón cierre y vaso, siguió tratando de detallar al ahorcado. Debió ser un hombre guapo, fuerte y joven…

—¿Quién era? —preguntó.

—Las explicaciones se las dará con más competencia el señor Wanders.

—¿Quién era y cómo se llamaba?

—Arthur Ringers.

Burt Talbot miró en rededor, y fue recorriendo las tres habitaciones. Después salió, y sin mirar si era seguido bajó las escaleras, hasta de nuevo entrar en la sala biblioteca.

Ralph Wanders se limpiaba las gafas, y las dos muchachas conversaban en voz baja, callando al entrar Talbot, que fué a sentarse.

—Bien. Ya he visto el cuerpo del delito. Ahora le oiré con suma atención, Wanders.

Y el detective pronunció enfáticamente el apellido, al que no anticipaba el tratamiento.

—El señor Arthur Ringers era prometido de mi hija Arline desde hace aproximadamente un año. También era asociado mío en cuestiones de exportación a Oriente. Tenía a su cargo la administración de los asuntos navieros, en su aspecto de contabilidad y asesoría.

—Por lo tanto, él y el capitán Jornbolm compartían la responsabilidad de los asuntos navieros, ¿no?

—Así es. El señor Ringers viajaba frecuentemente, para estudiar mercados y demandas. Hace dos días regresó de Australia, y como siempre, se hospedó en esta casa. Nada hacía prever que estuviera preocupado. Anoche cenó y se comportó normalmente. Esta madrugada, hacia las siete, uno de los perros aulló a muerte, y los otros le corearon. El mayordomo negro Percival es supersticioso. Recorrió la casa, y al no obtener respuesta en la puerta de las habitaciones del señor Ringers, abrió con su llave, encontrando ahorcado a nuestro huésped. No hallo puntos básicos para razonar este incomprensible suicidio.

Hubo una pausa, y era evidente la tensión mental de cuántos rodeaban a Burt Talbot, quien al fin dijo amablemente:

—Una tesis difícil, Wanders, por mucho que lo intentemos. Y es insostenible, por la sencilla razón de que Arthur Ringers no se ha suicidado.

—¿No?

—Usted sabe tan bien como yo, que le han ahorcado, y, naturalmente, hay una ligera diferencia entre el asesinato y el suicidio. No para el muerto, puesto que de un modo u otro, sigue muerto. Pero muy sensible para los vivos.

—¿En qué se basa para opinar así, Talbot?

—Pongamos las cosas claras, Wanders. Usted me paga siete mil, ¿para qué? ¿Para demostrar que hubo suicidio o para descubrir al asesino? Necesito saberlo, antes de proseguir.

Ralph Wanders habló con precisión, como si dilucidara un error en libro de contabilidad:

—Le pagaré siete mil para ambas cosas.

—Póngalo más claro, ¿quiere?

—Nadie de esta casa ha asesinado a Ringers. Lo certifico. Pero si se propagase el rumor de que en esta casa se ha suicidado Ringers, esto empañaría mi reputación. He acudido a usted para que… todo

demuestre que Ringers se ha suicidado. Yo obtendré de las autoridades el silencio, si es preciso, pero preferiría no acudir a ellas, hasta que fuera dilucidado lo principal. La detención del asesino.

—Voy comprendiendo. Dada mi práctica, usted supone que puedo arreglar las cosas de modo que parezca un suicidio, y me dedique, a la vez, a encontrar al asesino o asesinos. Necesito una pista, esto es elemental, y usted puede dármela, Wanders.

—Trataré de ayudarle.

—¿Por qué están enrejadas todas las entradas a esta casa?

—Una medida de precaución que tomé hace varios años, después de que robaran mi caja fuerte.

Burt Talbot se levantó, y su índice denegaba de un lado a otro.

—Usted no me ayuda, Wanders, pero no importa. Aquí se mastica el miedo. ¡Oh, un miedo muy elegante, distinguido! Nada de temblores, ni llantos. Pero si el pánico tiene olor, aquí apesta a pánico. No me importa. Trato hecho, Wanders.

Pese a su impasibilidad, el rostro de Wanders reflejó por una fracción de segundo, un intenso alivio. Prosiguió Talbot:

—Los investigadores tienen una ventaja sobre los financieros. Ustedes son difíciles de robar, porque saben tanto o más que los ladrones en esta especialidad. No se ofenda, Wanders. Los investigadores pueden competir con los asesinos. Y ahora le expondré por qué la tesis del suicidio, tal como está presentado el cuerpo de Ringers, es indefendible. Quiero suponer que nadie tocó nada.

—Nadie tocó nada —dijo secamente Wanders—. El infortunado señor Ringers se halla en idéntica posición a como le encontró Percival, el mayordomo negro.

—Si Ringers se hubiese ahorcado personalmente, habría subido en el velador, derribándolo de un puntapié apenas tuviera el cuello asegurado en el lazo corredizo. Pero habría quitado la lámpara que al estar ante su pecho, le habría ofrecido un medio de sujeción que en la agonía, por instinto de conservación, habría cogido. Puede objetar que el hombre que va a suicidarse no piensa en estas menudencias. Pero hay objeciones mayores. La primera: encima de la mesita de noche hay una automática cargada. ¿Era de Ringers?

—Sí.

—Teniendo una aséptica pistola, que acaba rápidamente con uno, al alcance de la mano como la tenía Ringers, es indiscutible que no iba a dedicarse a engrasar un cáñamo, asegurar con hábil nudo marinero el remate en el garfio de la lámpara y formar en su extremo una lazada corrediza digna de un verdugo profesional… o mejor aun…

Y Burt Talbot miró con repentina ojeada sarcástica al capitán Jornbolm:

—… mucho mejor, propia de un marino como el capitán Jornbolm.

IV

Jornbolm dió un paso adelante con los puños crispados. Burt Talbot abrió la mano diestra con ademán conminatorio.

—Calma, Neptuno. No debe ofenderse, puesto que yo estoy aquí para ayudar a demostrar una tesis de suicidio, y precisamente para evitar que el policía más torpe relacione al instante la postura y adornos de Ringers con la presencia de un marinero.

Jornbolm gruñó en toda la acepción de la palabra, antes de replicar:

—Procure exhibir el mismo ingenio en todo instante.

—Éste es mi oficio. He visto a varios ahorcados. Todos presentaban la misma característica de ropas desgarradas, y arañazos en el cuello y pecho, en las últimas convulsiones de la muerte. El pijama de Ringers parece recién salido de la tienda. La mesa derribada no lo ha sido a causa del puntapié final de Ringers, sino que su posición indica claramente que alguien la empleó para subirse en ella, a un lado. Y por último, tal como aparece el cadáver, quien lo mató, no tenía el menor interés en la tesis del suicidio. Todo lo contrario. Sin ser yo un lince, he podido reconstruir fácilmente cómo halló la muerte Ringers. Digo «cómo», pero ignoro por ahora, «quién» y «por qué».

Ralph Wanders hizo un gesto impaciente. Talbot añadió:

—Estaba en el baño, porque en el borde de la espaldera, había huella de grasa, la misma grasa que tiene el cáñamo. Alguien se acercó por atrás, y pasó al cuello del que se bañaba, el lazo, apretó hasta estrangular, y después colgó. Bueno, usted, Wanders, desea que se interprete como suicidio, hasta que sea descubierto el criminal. Bien, será un suicidio, pero quede bien entendido que el cuerpo de Ringers no puede ser trasladado.

—No pedí tal cosa, Talbot.

—Y es preciso que las autoridades tengan conocimiento de esto.

Podrán silenciar el suicidio, por razones de respeto cívico hacia un director de Banco, pero iríamos todos a la cárcel si hubiera traslado de cuerpo y se averiguara.

—Apenas usted arregle el suicidio, telefonearé al Intendente de Policía de Mobile.

—Un momento. Es más que posible que se sepa que yo he venido aquí, o podría saberse más tarde, haciendo averiguaciones en la compañía de *taxis*. Tenemos que razonar mi presencia. Usted, Wanders, me llamó para que discretamente averiguara los motivos por los que desde su regreso de Australia, Ringers estaba muy preocupado, y anoche al cenar, parecía un hombre al borde de la desesperación.

—Ya le dije que nada en la actitud de Ringers permitía suponerle bajo la amenaza de ningún peligro.

—Esto es lo que me dijo, pero no lo que dirán ustedes a la policía oficial. Un hombre, para suicidarse, ha de tener motivos. Son fáciles de hallar, Neptuno.

Y mirando al marino, añadió Talbot:

—Algo en la contabilidad, insinuando que Ringers desfalcaba, en fin, allá ustedes. El caso es que, cuando yo llegué, Ringers todavía no había salido de sus habitaciones, cosa que no les extrañó, por cuanto ayer se acostó tarde, y solía levantarse hacia el mediodía. Usted me llamó, Wanders, porque soy de Mobile, y leyó mi anuncio. Acudí, y entonces manifesté deseos de hablar con Ringers. Enviaron a quien sea a avisarle, y ¡sorpresa macabra!, tras forzar la puerta, ante el silencio, hallaron el cuerpo colgante, a las… —Miró Talbot su reloj—… a las doce y siete minutos.

Maquinalmente, miró Wanders el suyo, que marcaba las doce y ocho, y el marinero su cronómetro, que señalaba las doce y seis.

—Entonces, hubo la natural confusión, llantos, quejidos, aturrullamientos. Usted temiendo el escándalo, los periodistas, etcétera… Y aceptó mi consejo. Llamar a otro ciudadano de Mobile. Un tal Freddy Wilson, que reside en Montgomery y es agente del F. B. I.
Cítelo urgente por teléfono, Wanders. Lo convoca por una sencilla razón. Le recuerda, y le tenía afecto. Sí, afecto porque es el hijo del buen policía Wilson. Lo llama para que le ayude a mantener secreto

este suicidio.

—Inmediatamente investigará.

—Y aquí estoy yo, policía privado, contratado por usted, para que si hay escándalo en el suicidio de Ringers no trascienda. Yo conozco a Wilson. Se sentirá muy halagado de su atención, Wanders.

—¿Qué le digo?

—Busque en el listín, el número del Departamento Federal. Solicite que el agente Freddy Wilson se ponga al aparato apenas lo localicen. Y cuando lo tenga al alcance de la voz, dígale quién es usted, y que acuda inmediatamente aquí, para resolverle un asunto urgente y personal. No fallará. El buen Freddy Wilson acudirá volando.

Mientras Wanders consultaba el listín, Burt Talbot sentíase eufórico. Dominaba la situación en aquella suntuosa casa, donde jamás hubiera entrado como invitado… a no ser por Ringers.

Giró sobre sus tacones, y por vez primera miro hacia las dos jóvenes. Eran rubias, pero una tenía los ojos negros.

Miró Talbot a la que le estaba observando con cierta expresión retadora en los grandes ojos azules:

—No habiendo sido presentado, debo adivinar que usted es la hija de Wanders y, por lo tanto, la viuda blanca, o sea, la prometida del difunto Ringers. Usted es Arline Wanders.

Ella replicó, con voz firme:

—Fuimos amigos cuando niños, Burt. Hace muchos años que no nos hemos vuelto a ver.

—Ocho. A raíz de tu viaje a Europa para adquirir la obligada cultura del barniz compuesto de altivez británica, elegancia francesa y familiaridad con los museos italianos. Una sola pregunta, Arline, y al igual que tu padre, disfrutas del privilegio de contestarme con sinceridad o mintiendo.

Ralph Wanders hablaba ya por el teléfono. Prosiguió Talbot:

—Brilla en tu hermosa figura la total ausencia de pena. ¿No era Ringers tu prometido?

—Mi prometido oficial. No le quería lo bastante para decidirme a casarme con él, pero insistió mucho en ser mi prometido.

—Ya. Un futuro matrimonio de conveniencia, por razones que la familia Wanders sabrá. Y que no me importan… por ahora. ¿Tú eres

la deliciosa Geny Low? ¿Verdad?

La rubia de ojos negros, no era de la «familia» Wanders. Estrujaba nerviosamente un pañuelo entre sus manos. Contestó con incongruencia:

—Hola, Burt. También te recuerdo.

Talbot sonrió. Sus ojos acariciaban a las dos muchachas. La voz de Wanders sonó dirigiéndose a él, después de colocar el auricular en su horquilla.

—Hablé con el jefe del agente Freddy Wilson. Anotó esta dirección, y aseguró que al instante localizarían a Wilson para que se trasladara por el medio más rápido.

—Va bien. Usted, Wanders, instruirá a los negros y a cuántos hay en la casa, de lo que acordemos para coincidir en las respuestas a cuánto pregunte el agente Wilson.

—¿Por qué puso tanto empeño en que fuera el agente Wilson, precisamente, quien viniese?

—Por muchas razones. La primera, porque es muy torpe. Otra, porque siente un respeto rayano en el misticismo hacia la institución Wanders, con sus tradiciones de honorabilidad. Vea… A Wilson usted le dice que Ringers se ha suicidado, y él, además de rubricar, mira con reproche al ahorcado, por haberse atrevido a cometer esta falta de educación. A Wilson le dice usted que las rejas, los perros y los negros están para evitar robos, y lo considera irrebatible. Es decir, es de la clase de esclavos blancos, a los que si un tal Ralph Wanders le dice que está lloviendo, aunque el sol reviente y haya sequía de muchos días, abren el paraguas.

—Usted no es de esta clase, ¿eh, Talbot?

—Por suerte para los Wanders. Bien, ahora tenga la bondad de acompañarme arriba. Pero recuerden que después, si alguien falla al contestar de acuerdo con lo que ahora arreglaremos Wanders y yo, nos pasaremos todos una temporada en la cárcel, por falso testimonio.

Burt Talbot dedicó un saludo amistoso a los dos jóvenes. Salió tras de Wanders, y seguido por Jornbolm.

Escaleras arriba, comentó, dirigiéndose a Wanders:

—Voy a dejarlo todo de modo que para quienquiera que sea, aun el más inteligente, Ringers se ha suicidado. Y usted sigue muy libre de ocultarme lo que hay en el fondo de este asunto. Pero es

táctica equivocada. Acepto que nadie de la casa haya asesinado a Ringers. Pero ¿y si llego a la conclusión de que sólo uno de esta casa, o varios, fueron los que estrangularon a Ringers?

—Certifico que Ringers ha muerto por acción exterior.

—¿Pese a la barrera de dogos, negros, aparatos de alarma y rejas?

—Pese a ello.

—Entonces, cabe la posibilidad de que alguien de la casa facilitó la entrada.

—Lo dudo, pero cabe en lo posible.

Estaban ya en la antesala, y entrando en la alcoba, cogió Talbot de encima de la mesita la pistola automática, que metió en su bolsillo.

—La haré desaparecer convenientemente.

Buscó en un baúl armario abierto, hasta hallar un par de guantes, que se colocó. Algo estrechos, pero no le dificultaban los tanteos.

Mientras se acercaba al cadáver suspendido, dijo:

—Es indudable que hay algo muy importante tras todo esto, Wanders, cuándo usted trunca su honorable carrera de virtuoso ciudadano, aliándose a un detective privado como yo, para simular un suicidio.

—Pago siete mil dolares, Talbot. Esto le ha de bastar.

—Cierto. Y ahora, por último, Wanders… No soy muy entendido en objetos de decoración. ¿Es un bibelot familiar o una figurilla para adorno de alcoba… esto?

Burt Talbot señaló hacia el suelo. Exactamente bajo los pies del ahorcado.

Había un objeto extraño. Encima de un pequeño soporte de madera negra que fingía ser un librito, sobresalía el cráneo mondo de macabra risa, de una calavera de plata.

Ralph Wanders volvió a limpiarse las gafas. El capitán Jornbolm miraba como fascinado… y temeroso, la pequeña figurilla de plata.

Ralph Wanders replicó fríamente, ajustándose las gafas:

—Nada se tocó, y todo se halla como estaba cuando me avisó el mayordomo Percival. No pertenece a nadie de la casa, ni nunca estuvo en ella, esta calavera de plata.

V

Freddy Wilson estaba de servicio en los coches patrulla de la Metropolitana, como agente anexo. Un servicio más bien monótono.

El altavoz emitía de vez en cuando órdenes, algunas curiosas, otras pueriles y pocas veces trágicas. El niño extraviado, un borracho que armaba alboroto, el atacado de repentina locura que prendía fuego a su casa y se negaba a salir…

Acomodado junto al del volante, Freddy Wilson miró un reloj en la fachada de unos grandes almacenes. Las doce y cuarenta…

El altavoz gangueó, repitiendo por dos veces cada frase:

—Coche patrulla diecisiete. Agente Wilson. Que se persone inmediatamente en Mobile, avenida de las Azaleas, 87. Inmediatamente, por el conducto más rápido. Lleve el equipo.

Saltó Wilson a tierra, y poco después, volvía a tomar asiento en el coche del
F. B. I.,
de turno, con otros dos agentes: el técnico pericial y el forense.

Al volante, el agente de acción, comentó:

—¿De qué se trata, Freddy?

—Lo ignoro. Sólo sé que tenemos que llegar lo antes posible al número 87 de la avenida de las Azaleas, en Mobile.

—Tú eres de Mobile, ¿no?

—Sí. Pero hace ya años que falto.

Alzado a un lado del parabrisas el banderín destinado a indicar a los motoristas de tráfico que la misión justificaba el exceso de velocidad, el coche rodó a toda marcha.

Arrellanándose, Freddy Wilson se sentía nervioso. La dirección a la que su jefe le enviaba con tanta urgencia, era la mansión de los Wanders.

Arline Wanders… La muñeca rubia, tan hermosa, en la cual muchas veces había pensado. Supo que en Europa viajaba con

frecuencia, porque el periódico principal de Mobile, en sus notas de sociedad, lo citaba.

También supo que era la prometida de Arthur Ringers, un apuesto y rico heredero, huérfano, perteneciente a la mejor sociedad de Mobile.

Lo lógico. Ella se casaría con uno de su clase. Y nadie, salvo el propio Freddy Wilson, sabría que la imagen de Arline Wanders era la única que habitaba en sus sueños cuando quería concretar su ideal femenino.

Sueños, al igual que por invierno soñaba con países tropicales, y en verano, con las nevadas cumbres de Suiza. Como también aquellas visiones en que se contemplaba transformado en jefe supremo del
F. B. I.,
después de haber descubierto una conspiración destinada a destruir todos los estados de la Unión, y haber apresado personalmente a todos los componentes de la banda criminal.

Pronto recuperaba el sentido práctico, y aunque reconocía que con soñar no hacía daño a nadie, consideraba tan absurdo llegar a ser el jefe superior del
F. B. I.,
como ser amado por Arline Wanders.

Había recortado una foto aparecida en una revista, en la que se veía a la «hija del conocido financiero Ralph Wanders»… La llevaba adherida a una cartulina, dentro de un compartimento interior de su cartera.

Tenía conciencia de que era muy torpe con las mujeres, muy diferente a Burt Talbot, y siguiendo en voz alta su pensamiento, inquirió:

—¿Alguien está hoy de turno con el privado Talbot?

El del volante, tardó en recordar de quién se trataba. Replicó, mientras tomaba ajustadamente un viraje:

—Anteayer le vigiló Carruthers. Según parece no se preocupa más que de tres cosas: acicalarse, beber y bailar. Hoy creo que no está nadie vigilándole.

El río iba engrosando, anunciando la proximidad de la extensa bahía. Atrás, el forense que había dormido hasta entonces, se despertó para preguntar:

—¿Es que había algún herido? —Y se dió la respuesta—: No, porque sería estúpido llamar desde Mobile, cuando allá tienen suficientes médicos.

—Puede que sea un muerto que manifestó su deseo de ser autopsiado por ti —comentó el pericial.

A medida que el coche se acercaba a Mobile, Freddy Wilson iba recobrando su pleno dominio. No debía dejarse influenciar por el sentimentalismo ante la contemplación de los escenarios donde de niño creció.

Eran las dos y quince, cuando se apeaba ante la verja. Dijo:

—Permaneced aquí, hasta que sepa si sois necesarios.

—Bueno. Tú llevas el mando.

A su presencia tras la verja, acudió un negro, y fué él mismo, quien le llevó en silencio hasta el despacho, donde estaba únicamente Ralph Wanders, que se levantó para decir, con tono cordial:

—Hola, Wilson. Mi hija me ha recordado que fuiste un perillán que nació por Mobile. Eres el hijo del muy honorable Pat Wilson. Siéntate, por favor. Te he llamado a ti, porque se trata de un asunto muy desagradable.

Freddy Wilson, aunque impresionado por el financiero y su ambiente, no se sentó. Dijo:

—Mi jefe me ordenó acudiera urgentemente, con el equipo, o sea, con el pericial y el forense. ¿Son necesarios?…

—Sí. Pero primero quiero que juzgues por ti mismo. Ven conmigo. Te explicaré por el camino. El prometido de mi hija, Arthur Ringers, hace tres días regresó de Australia. Parecía preocupadísimo, y a mis preguntas, contestó con evasivas. Anoche cenamos juntos, y continuaba como un hombre sumido en tétricos pensamientos. Tiene por costumbre alojarse aquí los primeros días de su regreso, para informarme. Esta mañana decidí acudir a un detective privado para que averiguase las razones por las que Ringers aparecía tan cambiado. Eran ya las doce y media, y no había aun bajado Ringers. Extrañado envié a mi hija, y… la oí gritar. Acudí… Arthur Ringers se había ahorcado.

Estaban ya en la antesala. Freddy Wilson se dirigió hacia el hombre colgado, cuyo pijama estaba casi en jirones por los costados y el pecho. Alrededor del cuello llevaba un cordón de seda,

arrancado de un cortinaje, anudado torpemente, pero con fuerza. Una mesita derribada tras de los tacones colgantes…

Freddy Wilson recorrió las tres habitaciones. Dijo:

—Mande a un criado a avisar a los del equipo, señor Wanders. Mera formalidad. Han de tomar fotos, y el forense, diagnosticar hora aproximada y causa de la muerte.

Ralph Wanders abandonó la alcoba. Poco después entraban el forense y el pericial. Sin comentarios, cada uno efectuó su labor.

Freddy Wilson salió haciendo una seña a Wanders, y fuera, en el pasillo, preguntó:

—¿Sabe algún motivo para que Ringers se suicidase?

—Nada en absoluto. Ringers era hombre de toda mi confianza, encargado de la cuestión administrativa de mis intereses navieros. Viajaba para estudiar mercados y demandas. Se llevaba muy bien con todos nosotros, y era todo un caballero.

—¿Estaba enfermo?

—Robustísimo, jovial y de muy buen carácter.

Señaló Wilson hacia una ojiva enrejada.

—He observado que hay rejas en todos los huecos, señor Wanders.

—Intentaron robar, y tomé esta medida de precaución. Son rejas de estilo napolitano, que acrecientan el valor artístico del conjunto.

—¿Por qué me llamó a mí, señor Wanders?

—Para pedirle un favor. No quisiera que la publicidad manchara el buen nombre de Ringers… y si la causa de su suicidio fuera escandalosa o me perjudicase, el silencio es más respetable. Estoy muy afectado por este horrible suceso, Freddy.

—Le comprendo. Consultaré con mi jefe, y creo será atendida su petición, señor Wanders.

—Gracias. Te estaré muy agradecido, por cuanto mi esposa se halla enferma… paralítica, y hace ya meses que no abandona sus habitaciones. Mi hija, del choque emotivo, ha sufrido un ataque de nervios. La atiende su mejor amiga. Si quieres interrogarlas…

—No hace falta, por ahora, señor Wanders. ¿Había alguien más en la casa al descubrir lo sucedido?

—El capitán Jornbolm, también administrativo de mis asuntos navieros. Por cierto… Le envié a comprobar si por azar hubiera algo sospechoso en la contabilidad. Son millones los que manejaba

Ringers, y aunque para mí sigue siendo un caballero, pese a este deplorable final, comprenderás que…

—Lo comprendo. ¿Alguien más?

—La servidumbre, toda hereditaria, que lleva años a nuestro servicio, y son de entera confianza. Pero… ¿por qué preguntas esto?

—Podrían saber algo relacionado con la causa del suicidio, y que usted ignorase.

—Estaba con nosotros el detective privado, el cual está tratando de averiguar lo que impulsó a suicidarse a Ringers.

Freddy Wilson frunció las cejas al replicar:

—No es una crítica, señor Wanders, pero si deseaba que se efectuase una discreta investigación sobre posibles desfalcos, pudo acudir a la policía oficial. Tienen un departamento llamado de Investigación Financiera, como usted no ignora…

—Sí, pero no quise comunicar a nadie de la ciudad mis imaginaciones. Era poco limpio sospechar de Ringers, y yo no podía suponer que se iba a suicidar. Lo consulté con mi hija, y ella me dijo que sería mejor llamar a un privado que no residiera en Mobile. Me dieron buenos informes de un tal Burt Talbot… que creo conoces.

—En efecto —admitió, sin inmutarse, Wilson—. Talbot es reputado muy listo y discreto. Pudo escoger peor, señor Wanders. No crea que los de la oficina les tenemos rencor a los privados. Por lo que a mí respecta, salvo el mejor parecer de mi jefe, trataré de que no sea invadida la casa por la prensa. Silenciaremos lo ocurrido, porque comprendo que dada su posición social, y como director de Banco, no es conveniente sea propagado que Ringers, uno de sus gerentes, se ha suicidado aquí. Por menores motivos, ha habido pánicos bancarios…

—Gracias, Freddy. Me agrada tu comprensión. Con tu permiso, iré a ver cómo sigue mi hija. A mi esposa, he juzgado preferible no comunicarle esta horrible tragedia. Cuando me precises, el mayordomo Percival, aquél, está a tu servicio.

Freddy Wilson regresó a la alcoba de Ringers, el cual yacía ya bajo la lona de una camilla plegable. El forense terminó de escribir en una hoja de su block.

El pericial iba colocando en una caja de varios compartimientos, cosas diversas, entre ellas, un trozo del pijama del muerto, y fibras

del cordón trenzado.

Freddy Wilson examinó la bañera, la mesita derribada y el garfio de la lámpara, la cual estaba sobre la alfombra. La cama anunciaba que no habían dormido en ella, sino simplemente doblado en una esquina el embozó.

—¿Algo especial, doctor? —preguntó Wilson.

—Si no lo encuentras con tus medios, los míos no te ayudarán. Éste se ahorcó limpiamente, alrededor de la medianoche. Cuantas señales presenta, son las típicas de los casos de muerte voluntaria por ahorcamiento. La estrangulación motivada por suspensión obró al instante, pues tiene las vértebras cervicales desprendidas.

—¿Y tú?

El técnico pericial cerraba su maletín. Se encogió de hombros:

—Quedan los análisis de laboratorio, pero así a primera ojeada, es netamente un suicidio, pero disiento del doctor en un punto.

—Venga a ver —invitó el forense.

—De acuerdo en la rotura de vértebras por el peso del cuerpo. Pero yo opino que fué «horca blanca». El semblante no está crispado de dolor. Es casi plácido.

—Bueno… La autopsia queda por hacer, sabihondo. Si tenía el corazón débil, y la suspensión le dió la «horca blanca», tienes razón. Pero Wilson sólo quería saber si era muerte voluntaria, o debida a causas ajenas a la voluntad del ahorcado. ¿No es eso, Wilson?

—Sí. Podemos irnos ya. Esperadme en el coche.

Freddy Wilson, bajando las escaleras, miró al atlético mayordomo.

—Percival: haga el favor de llamar al señor Wanders.

—Al instante, señorito Freddy.

—¿Me conoce usted, Percival?

—Yo acompañaba a la señorita por el parque, y usted rondaba, señorito Freddy —sonrió el negro—. Voy al instante, voy al instante…

Ralph Wanders se limpiaba las gafas, al acercarse.

—Nos llevamos a Ringers para la autopsia, señor Wanders. Tengo que informar a mi jefe del suicidio evidente. Espero que accederá. No se preocupe, que nadie verá salir la camilla. Arrimaremos el coche a la salida posterior, y pondremos la camilla en el enrejado alto, cubierto. De todos modos, si usted, el capitán

Jornbolm o el detective privado, descubrieran los motivos del suicidio, mejor, porque quedaría terminado el expediente.

—Gracias por todo, Freddy. Y si tienes algún día libre, ven a cenar con nosotros. Hi hija, pasado su natural dolor, se alegrará de volverte a ver. Y permíteme darte la enhorabuena. Has seguido los pasos de tu buen padre.

En el trayecto de vuelta, no despegó los labios Wilson. Parecía dormir. A las siete de la tarde, penetraba en el despacho de su jefe, el cual tenía sobre la mesa, reunidos, los informes escritos entregados por el técnico pericial y el forense, efectuada, ya la autopsia y el análisis.

—Muerte por ahorcamiento blanco, Wilson. Corazón débil hereditario. El padre de Ringers murió de ataque cardíaco. El pericial da la reconstrucción. Ringers se bañó… Tenía aún restos de jabón en la epidermis, y acto seguido arrancó el cordón de un cortinaje, atándolo al garfio de una lámpara, que quitó. Empujó la mesa, y al suspenderse en el vacío, la presión del cordaje le asfixió. No debió tener muchas convulsiones. Bien, ¿y usted, qué me informa?

—Necesitaría la presencia del médico forense, señor.

Llamó el superior por el rectángulo de palancas. Dijo después:

—¿Algo extraño, Wilson?

—Nunca me gustó dejarme llevar de sentimientos personales, señor. Prefiero antes de hablar, saber si me baso en algo sólido.

—Bien hecho. Adelante, doctor. Aquí, Wilson, quiere preguntarle algo.

—Usted citó muerte blanca, doctor.

—Horca blanca. Es frecuente en los dotados de lesión cardíaca. Al estrangularse con el lazo, no padecen como los normales, porque la debilidad del corazón les causa la muerte instantánea.

—No siendo técnico en esto, doctor, tengo curiosidad en saber un detalle. Un hombre como Ringers, al paralizarse su corazón por la horca blanca, ¿tarda mucho en agonizar?

—Segundos apenas. Esto queda demostrado. Seguramente Ringers apenas quedó colgando, dejó de sufrir moral y físicamente.

—Gracias, doctor. Es todo.

El forense se fué. El jefe del departamento al que pertenecía Wilson, aguardó, interrogante la mirada.

—Wanders no quiere publicidad, señor. Y casi le prometí que usted me autorizaría a ello. Es un financiero muy bien considerado, y Ringers era el prometido de su hija. Además, es banquero.

—Es natural que desee discreción. No hay inconveniente en comunicar al juez de Mobile que guarde estricto secreto, y puede ser llevado Ringers a su domicilio, o a un hotel. Esto a su cargo. Wilson. Y diga ya lo que le rueda por el cerebro.

—Los jirones del pijama, la sangre en las uñas de Ringers, dan a entender que tuvo convulsiones largas… Sin embargo, eso que sería normal en un ahorcado de corazón también normal, es extraño en Ringers, el «ahorcado blanco», cuya agonía apenas duró unos segundos. Muerto, rígido, ¿cómo pudo arañarse tanto?

—¿Simulación de suicidio? ¿Por qué? Los informes de Wanders son excelentes.

—Wanders es hombre frío, duro, desdeñoso con los que no son de su categoría social. Pero estuvo conmigo casi amerengado.

—Deseoso de evitar la prensa.

—Me acechaba tras sus gafas… Muy sereno, pero inquieto. Y hay más cusas: rejas en todos los huecos. Negros atléticos. Una docena de dogos. Aparatos de alarma.

—Así expuesto, parece que hay algo… Sí, Wilson. Puede haber algo. Y si no lo hay, procure al menos no quedar mal con Wanders. Es muy influyente.

Freddy Wilson tuvo una sonrisa melancólica al replicar:

—Mi aspecto me sirve de mucho, señor. Me creen un bruto leal.

—Yo sé que es usted inteligente. Hágase cargo de este asunto, pero llévelo discretamente.

—Tan discretamente… como el detective privado que ha contratado Wanders, señor. Para justificar mi presencia en Mobile, necesitaría un caso poco importante allá. Y que usted lo hiciera saber a las autoridades de Mobile… Por si se informa Wanders.

El jefe pidió conferencia con Avenida de las Azaleas, 87, Ralph Wanders. Al obtenerla, su voz fue cordialísima:

—… Siento mucho esta desgracia, señor Wanders. Seré breve. El agente Wilson me ha informado, y no se preocupe. Todo se hará como desea. El mismo Wilson se pone ahora en camino, para terminar el asunto. Comunico al juez de Mobile y autoridades que tengan que intervenir, y le garantizo el absoluto secreto, porque así

lo exigiré de ellos.

—… Agradecidísimo, señor; agradecidísimo.

Colgó el superior, para decir a Wilson:

—No resbale, muchacho, o se nos echará encima la Comisión Senatorial, las Cámaras de Propiedades y todo el grupo de la alta en pleno. Hasta hoy, Wanders es un ciudadano ejemplar.

—Y deseo siga siéndolo, señor. ¿Manda algo más?

—Con el mismo coche, sin forense ni pericial, vuelva allá. Pase por los archivos de contrabando. Que le den el expediente… Un momento —y consultó un archivo a su lado, haciéndolo girar, como si se tratase de una columna kioskera de postales. Extrajo una tarjeta, y leyó—: «Introducción fraudulenta de joyas por la bahía de Mobile. Detención y sobreseimiento por falta de pruebas del pescador Jeremiah Bulks». Pida el expediente anexo, y vuelva a molestar al negro Jeremiah. Ya tiene la justificación de su permanencia en Mobile. Suerte, Wilson.

De nuevo en el coche, con la camilla cubierta sobre el enrejado del techo, Wilson volvió a arrellanarse. El del volante, agente Jack Ferguson, comentó:

—Yo y el coche somos todos tuyos, Freddy. ¿Qué pasa?

—El asunto de las joyas sin pagar aduanas del negro Jeremiah, de Mobile. Mientras visito a Wanders, instrúyete, ojeando el expediente.

—Instrúyeme.

—Tengo sueño, y las dos horas me despejarán.

—Perra vida… Venga recorrer millas… y llevando un pobre tipo abierto en canal. Claro, que sería peor que fuera yo el que estuviera arriba, y Ringers al volante.

Pero Jack Ferguson se calló, porque a su lado, resoplaba plácidamente el «torpe Freddy».

Resoplaba como si durmiera, pero con lentitud su cerebro edificaba un andamiaje. Podía ser que fingiera, pese a su corazón lesionado, tuviera convulsiones, y se destrozara el pijama y se lacerase con las uñas el busto y los costados.

Pero también podía ser que «alguien», simulando el suicidio, un técnico, no supiera que Ringers padecía lesión cardíaca.

Ese «alguien» podía ser cualquiera de la mansión Wanders… y también Burt Talbot, que estaba en la casa al ser descubierto el

cadáver.

Wanders no era hombre a avenirse a tapujos. Y si alguien hubiese dado muerte a Ringers, ¿por qué iba a ocultarlo Wanders?

Sus resoplidos aumentaron en intensidad, y se durmió. Le gustaban más los casos de acción que los de pura imaginación.

Pero lo que no podía suponer es que el negro Jeremiah Bulks le iba a dar numerosas ocasiones de actuar, en senda paralela a la científica de disimulo, contra el «inteligente Burt»…

Se despertó porque bajo las ruedas del coche no se deslizaba una cinta asfaltada, sino el crujido de grava. El coche se detuvo ante la salida posterior del edificio.

El mayordomo Percival sonrió, acompañando a Wilson al interior. Atravesaron dos salas, y por fin, Percival se apartó para ceder el paso.

Era un saloncito donde Ralph Wanders, el capitán Jornbolm, Arline Wanders y Geny Low formaban dos grupos, vestidos de etiqueta.

Y Burt Talbot, avanzando, saludó:

—Celebro que seas tú el encargado de este asunto, Freddy. ¿Quién nos había de decir que volveríamos a estar en Mobile, ya mayores, y en colaboración?

VI

De los primeros instantes, conservaba Wilson un recuerdo confuso, porque su mente estaba inundada por una sola imagen. La apenada expresión con la que Arline Wanders, en silencio, acudió a estrecharle la mano.

Y algo extraño cantaba dentro de su pecho, dándole un grotesco calambre estomacal, porque al verse ante la viva figura de la loto de su cartera, comprendió sin razonarlo, que amaba…, que por aquella joven perteneciente a «otra categoría» era capaz de todo: de robar, de matar, de mentir…

Fue volviendo a la noción concreta de las cosas, y explicó que tenía orden de facilitar en todo lo máximo la presentación de la muerte de Ringers, como acaecida naturalmente en su domicilio o en un hotel.

—Ya me visitó el juez, acompañado del médico judicial —indicó Wanders—. Muchas gracias, Freddy. Mañana la prensa publicará que Arthur Ringers sufrió un colapso… Por cierto, su padre falleció de angina de pecho. Ya me ocuparé de todo, Freddy. Usaré tu coche, y vosotros, cenad sin esperarme.

Se fué, y Arline pretextó jaqueca. Se despidió. El capitán Jornbolm invitó:

—¿Me permite unos instantes, señor Wilson? —Y, apartándose hacia una mesa, recogió una carterita, que tendió a Wilson—. Es la comprobación de que Ringers especulaba por cuenta propia, es decir, traicionando la confianza del señor Wanders. Hizo adquisiciones de acciones mineras en Sydney, valiéndose del crédito nuestro. Tenía fortuna propia, pero no la bastante para adquirir el cincuenta y uno por cien de las acciones de una galería minera de cobre en el «bush» australiano. Se agotaron las vetas, y las acciones no valen ni el papel en que están impresas. Haga lo que estime más oportuno con estos comprobantes.

—Los entregaré a mi jefe, y será silenciado este asunto. Ringers se castigó él mismo.

Jornbolm asintió solemnemente. Geny Low llamó.

—Freddy… Parece que no me recuerdas. Cuando nos presentaron, parecías estar a mil millas de distancia.

—Te recuerdo. Luego hablaremos, Geny. Ahora preferiría terminar con este desagradable expediente. Y tú, Burt, puedes ayudarme.

—Lo intentaré. Pero aquí prefieren oír otro tema.

—Vamos, entonces, a la terraza.

En la amplia galería exterior, Freddy Wilson volvió a denegar la oferta de un cigarrillo.

—Te debió extrañar el verme aquí; ¿no, Freddy?

—Quedó claro, al explicármelo el señor Wanders. Tu trabajo ha sido rápido. Me ha dado ya Jornbolm la comprobación sobre la causa del suicidio.

—Era fácil. Un financiero suicidándose, ¿a qué podía deberse, sino a millones perdidos? Riesgos del oficio. Pagó bien Wanders. Dos mil dolares. ¿Ves como tiene sus ventajas ser privado? Quince días sin dar golpe, y de pronto dos mil dolares. Y hablando de todo un poco, está magnífica Arline. Es deliciosa…

—Fuera de mi jurisdicción —trató de sonreír Wilson—. De todos modos, me agradará contemplarla alguna que otra vez. Tengo que quedarme en Mobile, porque me envían a ver si descubro algo en el asunto joyas.

—¿Qué joyas?

—Un pescador negro llamado Jeremiah Bulks, que se dedica a coger pulpos, fué sospechoso de dar entrada a los contrabandistas de piedras preciosas, que burlan el impuesto de aduanas. Un impuesto fuerte. Por ejemplo, un diamante traído por vía legal, que cuesta diez, puede ser adquirido en cinco, procediendo de contrabando.

—Vaya… buen asunto. ¿Tienes pista?

—Nada en absoluto. Iré a ver a Jeremiah.

—Mal camino. Es preferible dar un rodeo. Informarte de sus pasos. Pero tú vas recto al bulto. No has cambiado. Oye: ¿hay recompensa en este asunto?

—Para el civil, sí. El Estado da una prima del veinte por ciento

al que sorprenda traficantes de lo que sea, con el alijó.

—¡Diantres! Puede ser interesante, y ya que estoy aquí… ¿te molestaría si metiera las narices?

—Si me molestase, no te habría hablado de ello. Bueno, yo me voy al hotel. Le dices a Wanders que estaba cansado, y que me excuse.

—Como quieras, Freddy.

A pie, Freddy Wilson abandonó el vasto parque. En la terraza, desenroscando su frasco metálico. Burt Talbot sonrió… Iba listo el F. B. I.,
con agentes tan torpes como Freddy Wilson.

A la mañana siguiente, la prensa de Mobile notificaba que el conocido financiero Arthur Ringers, prometedor en su juventud, había fallecido repentinamente, en casa del juez X. X., su amigo, a causa de un colapso. Aludía al inmenso sentimiento de la familia Wanders…

Freddy Wilson tomaba café a las ocho de la mañana, en el largo mostrador de la cantina del barrio portuense. En una mesa, Jack Ferguson leía el periódico.

Un intenso olor a marisco invadía aquella sección de casas adyacentes a la Lonja de Pescado. Entraban y salían tratantes, camioneros y pescadores.

Jack Ferguson silbó la melodía: «En mis campos de algodón…». Freddy Wilson examinó al que motivaba la contraseña.

Un negro de piel acharolada, robusto, gruesos los labios y ancha la nariz. Llevaba el pantalón arremangado bajo la rodilla, y los pies desnudos.

Una camisa verde de cuadros amarillos, y en la diestra el largo alambre rematado por un garfio, con el que hurgaba las rocas al bajar la marea.

A su espalda llevaba atada la cesta vacía. Subió a un taburete, y pidió café, mientras cogía de una bandeja un pastel de nata, que empezó a comer con deleite.

La ficha personal de Jeremiah Bulks decía:

> «Nacido en 1914, en Mobile. Procesado por bigamia, absuelto. De oficio, pescador. Pendenciero, mal carácter, de genio al parecer calmoso, es agresivo. Odiado por los demás

negros, porque molesta a las mujeres. Vive solitario en los riscos».

Freddy Wilson pagó su café, y dijo:

—Cobre lo de Jeremiah. Le invito yo.

Bajó de su taburete, acercándose al que, terminando de comer su pastel, le miraba como tratando de reconocerle.

—Hola, Jeremiah. Tú ya no me conoces. Yo sí. Me llamo Freddy… El hijo de Patrick Wilson.

El negro pegó contra la chapa de zinc, empleando su garfio.

—Lo que bebo y como me lo pago. Y en cuanto a ti, Freddy Wilson, hijo de guardia, sigue tu camino y déjame en paz.

Freddy Wilson esperaba una acogida por el estilo. Sabía también como replicar:

—Una vez te vi sacar un pulpo, y estabas borracho. Me lo tiraste, y me gané medio dolar. El mismo medio dolar que ahora te devolvía, porque la verdad, me gusta pagar las deudas.

El negro se limpió la boca con la manga de la camisa, y empezó a beber con sorbos golosos su taza de café.

El camarero, con gesto de excusa, dijo:

—Cobré su café. Sobra esto.

Freddy Wilson recogió el dinero, y dijo en voz baja:

—Vine por las buenas, Jeremiah. Y a mí, no hay hombre que me ofenda sin que me dé cuentas.

Jeremiah Bulks sacó de su bolsillo unos centavos, que tiró sobre el mostrador. También en voz baja dijo:

—He vendido la cesta entera, y me vuelvo a mis dominios. Estás crecidito, Wilson, y ya debes saber lo que más te conviene.

Giró la espalda, y, apoyándose en su garfio a modo de cayado, abandonó la cantina. Wilson detuvo con un ademán imperceptible a Ferguson, que se disponía a seguirle.

La calle remontaba hacia la ladera oriental, por la que Jeremiah Bulks fué ascendiendo. De vez en cuando, sus ojos miraban ávidamente a las mujeres que se cruzaban.

Diez minutos después, descendía hacia una caleta, donde ya las barcas varadas sombreaban a los viejos que zurcían redes.

Freddy Wilson ajustaba su paso al del negro, a unos cinco metros. Ni una sola vez, Bulks demostró saber que era seguido.

Atravesada la caleta, volvió a subir por un sendero entre pinedas, hasta que dobló un conglomerado de peñascos, que daba acceso a una larga plataforma dominando el mar, en acantilado.

Giró sobre sí mismo, agachando la cabeza. Freddy Wilson se detuvo a los mismos cinco pasos.

—Me hiciste un desprecio, Jeremiah.

—Te invité a seguir tu camino, que no es el mío. ¿Qué historieta es ésa del pulpo y el medio dolar? Me emborracho, pero no le iba yo a tirar un pulpo de medio dolar a un mocoso hijo de blanco y de lo que es peor, de blanco policía.

Freddy Wilson sonrió, quitándose la chaqueta, que dejó caer al suelo, junto a su sombrero. Empezó a arremangarse. El negro rió:

—Parece que te ha picado mi lengua. Piénsatelo bien… Yo tengo testigos de que me buscaste. Y ahora, si te empeñas, yo… lo hice en legítima defensa, como dicen los tribunales.

—Eres un negrazo apestoso y estúpido, Jeremiah. Es tan verdad, como que me tiraste el pulpo… sin saber aún que yo era hijo del guardia Wilson. Vete preparando las malas artes, porque te voy a dar una paliza. Una buena paliza.

El negro volvió a reír, hondamente divertido…

—Cuando tú andabas con babero, había yo enviado al hospital a muchos valientes. Anda, hijo de guardia, largo de mis dominios. Te podría hacer daño, porque me empiezas a molestar.

Freddy Wilson se aflojó ahora el nudo de la corbata. Dijo risueño:

—Estuve en un colegio que no conoces, Jeremiah. Nada de esos colegios donde te enseñan que el mundo es redondo, sino una academia donde enseñan a luchar. Era muy entretenido. Estuve tres años, dándole cada día a un saco, aprendiendo a caer, viendo el mejor modo de romperle la nariz al que se empalmaba de cuchillo, y hasta me enseñaron la manera de quitarle un palo largo a un tipo que pesaba como tú, cerca de los noventa.

—Noventa y tres. Mucho te enseñaron, hijo de guardia, y a lo mejor te pasa como al hijo de la negra Juana, que aprendió en los libros a cuidar vacas, y no sabe ni ordeñarlas.

Jeremiah Bulks agitó el alambre recio, que vibró…

—Vete, hijo de guardia, o te hinco el garfio.

Freddy Wilson dió un paso adelante. El negro asestó un varetazo

y Wilson saltó de costado, exactamente a tiempo, para evitar que el garfio le mordiera las piernas.

—Saltas como un muelle, hijo de guardia. Pero te la has buscado. Irás a parar allá al fondo, hecho papilla… ¡Toma, por fanfarrón!

El garfio silbó dos veces. La primera engañosamente, como si fuera a clavarse en el cuello, pero para conseguir aferrar por un costado.

Y de pronto, Jeremiah Bulks se encontró torciendo el cuello hacia atrás, con un jinete sobre su espalda, que le levantaba la barbilla con un antebrazo que parecía de piedra, mientras dos secos golpes aplicados con el canto de la zurda sobre su muñeca, le producían el efecto de una descarga eléctrica.

El garfio fué lejos tirado por Wilson, que ya había desmontado su adversario, y ahora a tres pasos, decía:

—Primer contacto, ocho puntos. Eso es lo que nos daban en el colegio, cuando lográbamos desarmar. Y el segundo contacto, ya era cosa de chiquillos.

Con los puños cerrados, Jeremiah Bulks se bamboleó. Era visible en su rostro un sentimiento nuevo… Rabia admirativa.

No se abalanzó como un novato, sino que su guardia hubiese hecho palidecer de envidia a un boxeador profesional blanco. Alargado el brazo izquierdo, doblado el derecho, fintó…

«La cabeza de los negros es de otra clase que la nuestra», había repetido el profesor de Quantico. «No seáis majaderos, y si os toca reducir a un negro, no le deis una sola vez en la cabeza».

Jeremiah Bulks avanzaba mucho la cabeza, inclinado. Casi parecía que el más inexperto de los pugilistas, tenía allí un golpe eficaz, infalible.

Freddy Wilson amagó un directo a la frente, y Bulks no pudo reprimir una mueca de satisfacción, al disparar hacia arriba en gancho su izquierda.

Pero su mueca se truncó, porque en vez de recibir el directo en la frente, la mano abierta le dió un golpe de canto sobre la nuca, mientras que, esquivando por milímetros, Wilson conectaba un izquierdazo en pleno costado del negro, que encogiéndose, pegó una serie rabiosa en el estómago.

Freddy Wilson se arqueó hacia adelante, amortiguando los

impactos, y juntas las dos manos, con los dedos entrelazados, volvió a repetir el golpe sobre la nuca.

Jeremiah Bulks sintió en su boca el sabor de sangre. Gritó furioso, abrazándose a su rival, empujándolo hacia el borde del acantilado.

Alzó una rodilla, y abriendo los brazos, empujó vigorosamente, pero retrocediendo en seguida, tambaleándose… Creyó que un mulo intervenía, aplicándole dos coces, una en el estómago y la otra en el costado.

Cayó de espaldas, abiertas las piernas y los brazos. Su cabeza chocó contra el suelo, y, cerrando los ojos, gruñó como un oso… No podía abrir los ojos, porque apenas lo hacía sólo veía miles de puntitos luminosos.

Gruñó:

—Vaya duro de pelar el hijo de guardia… Uno de los que me ha dado más trabajo, el muy cochino… Un poco más, y me hace daño…

De rodillas, trató de incorporarse. Le ayudaron… cogiéndole una muñeca y levantándosela hacia arriba. Abrió atónito los ojos…

Sobre su hombro se apoyaba la barbilla de Wilson, que decía:

—Me llamo Freddy, negrazo. Y soy hijo de Pat Wilson. ¿Cómo me llamo, negrazo?

—Hijo… de guardia… —rechinó, sudorosos, Bulks.

Alzó Wilson un poco más su presa. El negro oyó un pequeño crujido, y gritó:

—¡Ganas, tú ganas, Freddy!

Aflojó el agente, repitiendo:

—¿Soy hijo de quién, negrazo apestoso?

—¡El hijo del muy bueno y muy hombre de Patrick Wilson!

Soltó Wilson dando un empujón. Jeremiah Bulks se cogió el brazo derecho dormido. Y Wilson terminó su labor diciendo:

—Un poco más y me ganas, Jeremiah. Lo que pasa es que tú no has estado en el colegio que te conté.

El negro tardó en contestar sinceramente:

—No has perdido el tiempo, tú, en aquel colegio. También es verdad que, a veces, los blancos no sois idiotas. Bueno… No te acabo de entender, Freddy. Yo te iba a tirar al despeñadero.

—Pero aquí estoy. Y ahora, qué, ¿quieres o no el medio dolar?

—Si dices que es mío, y claro, yo entonces, cuando te eché el pulpo, no sabía que eras… Bueno, ya pasó Me has ganado el primer contacto, Freddy, y también el segundo, pero cuando este brazo se ponga bueno, iré por el tercero.

—Es tu derecho. Y también te explicaré cuál es el tercer contacto. El primero, desarmar; el segundo, inutilizar por horas o días, y tercer contacto es romper el cuello y entregar el pasaporte al infierno.

Rió el negro, acariciándose el brazo lleno de hormigueos.

—Está bueno… ¿Vas a estar por Mobile mucho tiempo?

—El suficiente para que adivines que es mejor tenerme por amigo, que buscarme la espalda para hincar el garfio. Y ahora, hasta lo que decidas, Jeremiah.

—Oye… ¿tú eres de la policía, no?

—Sí.

—Vaya… Y no lo niegas. Eso sí que es ya el colmo. Yo no tengo nada que ver con joyas. Pesco pulpos.

—Pues duro, y a ello.

Volvía Wilson a ponerse la chaqueta, y se encasquetó el sombrero. Tiró al suelo cinco monedas de diez centavos.

—En paz, negro.

—Oye, ¿viniste a por mí?

—¿A por ti, negrazo? Tengo cosas más importantes en qué pensar. Vine por otros… que a lo mejor conoces. Bueno, por si no lo sabes, dan la quinta parte del alijo de joyas al paisano, no importa el color, que facilite el coger a los contrabandistas con las manos en la masa. Y con este dinero, un negro listo se va a otra parte y vive de rentas, rodeado de mujeres de todas las razas, hasta el fin de sus días. Abur.

Se alejó Wilson, y Jeremiah Bulks frunció el ceño. Tenía mucho que meditar.

El resto del día, Wilson anduvo con Ferguson, aunque separadamente, buscando lo mismo. Algo relacionado con Jeremiah Bulks…

A la hora de cenar, telefonearon al hotel donde se alojaba. Era Geny Low, que de parte de «Ralph Wanders e hija», invitaba a cenar al agente. Éste replicó que lo agradecía, pero estaba sobre una pista; no obstante, sin falta pasaría a visitar a los Wanders, tan pronto

acabase su misión.

En el comedor de los Wanders, terminada la cena, Ralph pasó a su despacho. Jornbolm encendía un habano.

—Talbot puede encontrar la historia de la calavera de plata, Jornbolm.

—No. Tampoco encontrará al que ahorcó a Ringers. Escucha: ¿has pensado en Geny Low?

—Absurdo. No perdamos la cabeza. Ella es como mi hija adoptiva.

—Pero es orgullosa. Pudo ser sobornada… ¿Por qué no aceptas lo que te propusieron los de la calavera de plata?

—Es mi fortuna entera. ¿Por qué no la dió Ringers? ¿Por qué no la das tú? Yo personalmente sé defenderme, y no seré tan imprudente como Ringers. Pero tú eres muy libre de entregar tu dinero, y volver a empezar. No tienes familia… ni mi posición.

Jornbolm se encogió de hombros, para decir:

—Creo que abandonaré los Estados, Ralph. Me iré lejos… mañana mismo.

—Como quieras.

Pero Jornbolm no cumplió su propósito, porque exactamente a las doce en punto de la noche, colgaba de un cáñamo engrasado, del soporte terminal de la barra de la cortina de su alcoba en la mansión Wanders.

Vestía de etiqueta, sin el menor rasguño. No había mesa derribada… Bajo los chapines de brillante charol cuyas puntas distaban medio metro del suelo, algo fulgía…

Una calavera de plata encima de negra madera fingiendo un librito.

VII

Jeremiah Bulks dejó de acariciar el panzudo frasco de ginebra, y escuchó. Sobre el murmullo del mar batiendo contra los acantilados, oía perfectamente el repiqueteo de una piedra chocando espaciadamente contra el umbral rocoso de su caverna.

Una caverna habilitada como morada, con mesa, dos escabeles, un camastro y un espejo grande asegurado con abrazaderas de metal, a la misma roca lisa del interior iluminado por un farol de carburo.

La cueva tenía un recodo, y la luz no era visible desde el exterior. La piedra dejó de repiquetear, y ahora fueron unos tacones femeninos los que sonaron, acercándose.

La señal que sólo conocía Déborah, porque era sabido que Bulks, si oía alguien entrar por las distintas cuevas que según su humor habitaba, pegaba primero y después inquiría el motivo de la visita.

Déborah Miller era cuarterona, presumida, porque era bonita y tenía el cabello casi lacio. Rondaba los treinta años, y su padre era capataz de algodoneros. Ella vestía «caro» y se daba fricciones de perfume «caro». Cantaba en el «*Blues* Nights» de Mobile.

Apareció con airoso andar, segura de su belleza, y de la pasión que por ella sentía Jeremiah, el cual tragó saliva antes de decir:

—Más hermosa estás que nunca, Déborah. Pero primero te diré por qué dejé la señal en tu camerino del «*Blues*». Hay peligro Déborah.

Ella se sentó en un escabel, al otro lado de la mesa Se contempló en el espejo complacida, desde los zapatos de alto tacón, las medias de nylon grises, el vestido color naranja, el cinto negro, y el escote con encajes blancos, que daban contraste a su piel «café con leche».

Se miró las manos largas, con esmalte «Revlon» nacarado en las uñas.

—Un agente de policía vino esta mañana a tantearme. Le dejé

creer que todos van equivocados. Pero mejor que lo sepa el patrón.

Ella habló con voz melodiosa, casi conmiserativa:

—¿Éste es el peligro, Jeremiah?

—El agente es listo, te lo digo yo. Me habló del veinte por ciento de recompensa, y de irme a otro mar. Es listo, y parece poco despierto.

—¿Cómo se llama?

—Freddy Wilson.

Ella bostezó, y de pronto dijo:

—Cada vez peor la cosa. Cogerán al patrón, y los dos iremos a presidio. Tarde o temprano, Jeremiah.

Bulks asió el frasco y vertió en una copa de plata, que reservaba para las muy distanciadas visitas de Déborah Miller.

—No me han seguido; de eso estoy segura. Jeremiah. Me quité como siempre los zapatos y las medias al llegar a la cumbre del sendero. Pero, si el agente Wilson busca, y es listo, puede venir al «*Blues*».

Se levantó ella y en escorzo animal ante el espeje, arqueó el busto. Canturreó lentamente:

—«Nacida para el amor, ella no supo vivir; nacida para el amor, ella antes de morir, entonces, y sólo entonces, supo que no valía la pena vivir, sin joyas… joyas de verdad»…

Se contoneó con naturalidad, y reía suavemente al añadir:

—La última frase es mía, y no de la canción. He pensado en ti muchas noches en que me dolía el alma, Jeremiah. Eres feo pero muy hombre. Casi estaría segura a tu lado. Nos iríamos lejos, allá por el Sur, y sería muy buena contigo… ¡Quieto, y abajo las zarpas, negro sucio! Tendrás que lavarte, Jeremiah, y al salir del baño echarte encima un frasco de colonia cara. Siéntate…

Jeremiah Bulks respiraba fatigosamente. Ella de lado, se contemplaba en el espejo, mientras seguía hablando:

—El patrón prepara un alijó para mañana. Habrá sus buenos cientos de miles en el alijo. Y él nos da míseros billetes, Jeremiah. También sería memez darle la buena parte al agente Wilson. Quedarnos con todo estaría mejor.

—Son… cuatro con el patrón.

—¿No eres tú muy hombre? Yo creo que sí…

Déborah Miller se aproximó para beber lentamente en la copa de

plata. Y de pronto quedó sentada sobre las rodillas de Bulks, que cerró los ojos, como el apasionado amador, abrumado, incrédulo…

Ella le rodeó el cuello con los frescos brazos bienolientes, y susurreó, canturreando:

—«Yo seré, yo seré del hombre fuerte, que palacio me dará…».

Convulso, rígido, Jeremiah Bulks, sin abrir los ojos dijo tartamudeando:

—Mañana… clavaré… el garfio…

Ella se movió un poco, y sin poderse contener más. Jeremiah Bulks besó la piel femenina…

Y súbitamente se quedó como paralizado. Era tarde para comprender que el movimiento de Déborah Miller, se debía a que necesitaba coger impulso…

Saltó ella de las piernas dobladas de Bulks, porque era coqueta y no quería que se le manchase el vestido nuevo.

En el costado de Bulks sobresalía el mango delicado, en marfil, de un pequeño y afilado estilete, que hasta entonces había parecido un adorno del cinto que rodeaba el estrecho talle de Déborah Miller.

El frío estiletazo mortal había sido imprevisto para el hombre rugiente y ardoroso, que creía abrazar a su futura cómplice.

Jeremiah Bulks se ladeó, y pesadamente cayó de lado, muerto. Déborah Miller se miró en el espejo, para recomponer sus encajes arrugados… Los agitó con delicada coquetería, y su tez color café con leche se hizo gris, porque contra su propio costado, un objeto cilíndrico y duro se apoyaba, muy elocuente…

Más elocuente que la voz del hombre, que descalzo manifestó:

—Si quieres vivir… vivir con joyas de verdad… no seas mema. Yo no vengo a llevarte a presidio, si nos ponemos de acuerdo.

Trémula, ella no se atrevía a mirar al que sostenía firmemente la pistola automática que veía en el espejo…

—No puedo dormir, no puedo… Y estoy segura de haber oído algo como un cuerpo deslizándose por el suelo en las habitaciones de Jornbolm. Por favor, padre, créeme… Yo te respeto…

—Ya está bien. Arline. Vuelve a tu alcoba, y si ha de tranquilizarte, iré a charlar con Jornbolm. Yo puedo certificarle que ni tu madre ni tú corréis el menor peligro. Vete a tu alcoba, y duerme. Pronto Talbot hallará la solución a la muerte de Ringers.

Anda.

Apaciguada, Arline Wanders abandonó la antesala de las habitaciones de su padre, el cual se encaminó hacia las ocupadas por Jornbolm apretando en el bolsillo de su batín la pistola automática.

La puerta estaba entornada, y empujó. Había luz procedente de la alcoba: Ralph Wanders pisó firmemente al entrar…

Se dejó caer más que sentarse en el sillón, mirando desorbitado al que colgaba contra la pared, junto al marco de la ventana cerrarla.

Después, pareció fascinado en la contemplación de la segunda calavera de plata.

Por fin, reaccionó poco a poco. Esta vez había algo diferente. Algo que no estaba cuando murió Ringers. Bajo el soporte de la calavera de plata, había un recuadro blanco, sobresaliendo.

Se acercó para coger el sobre, de cuyo interior extrajo una cartulina escrita a máquina.

Leyó, moviendo los labios lívidos:

> «Tampoco Jornbolm quiso ceder su fortuna, que como la de Ringers pasa a engrosar el capital social de la Banca Wanders, a la cual, doy un plazo de cuarenta y ocho horas, a cuyo término un Wanders morirá, pero no serás tú, Ralph Wanders».

Ralph Wanders guardó el sobre y la cartulina en su bolsillo. Cerró la puerta de la alcoba, la del cuarto de baño, y la de la antesala.

Sentía un imperioso deseo de beber algo fuerte, y cuando hubo apurado consecutivamente dos copas de coñac añejo, se dirigió a las habitaciones de su hija.

—Jornbolm está perfectamente, Arline. No prestes crédito a tu imaginación, querida. Yo te certifico que pronto volverá a renacer la normalidad en la mansión Wanders.

Dió un beso en la frente a su hija, y poco después en su antesala, releía el mensaje de muerte. Una truculencia, pero confirmada por la increíble segunda muerte…

Esperó media hora, y entonces bajó a su despacho, para emplear

el teléfono personal, sin conexión con los demás interiores. Marcó el número del hotel en que se alojaba Burt Talbot, y pidió le pusieran en comunicación con él.

Le replicaron que el señor Talbot no había regresado aún. Anunció Wanders que volvería a llamar media hora después, y que si en este lapso de tiempo llegaba Talbot, que esperase, sin telefonear.

Colgó, y por vez primera conoció el abatimiento y un abyecto temor irrefrenable, mientras erguido en el sillón, miraba girar el minutero del reloj de mesa, que marcaba las doce y quince de la noche.

Déborah Miller empezó a girar los ojos, como próxima a la crisis de histeria. Burt Talbot avisó:

—No soy Bulks, y es preciso que lo comprendas. Ni tampoco soy el agente Wilson, que ataca recto al bulto. Supongo que mataste a Bulks porque te envió el que llamáis patrón. Respira hondo, así… Y ahora puedes apartarte del espejo, pero no me obligues a darle una compañera de viaje a Bulks.

Ella, retrocediendo, se detuvo cuando sus manos se apoyaron en la mesa. Trataba de adivinar, mirando ahora con fijeza al apuesto y sonriente individuo, que colocaba de nuevo su pistola bajo la solapa izquierda.

Burt Talbot, sentado en un escabel, se volvía a calzar. Y Déborah Miller seguía sin comprender…

—Bebe si tienes sed, morena. Teniendo que elegir entre el patrón y Bulks, no confiaste en el negro Bulks, y ha muerto. Ahora sostendremos tú y yo una charla de negocios. Yo soy detective particular, y puedo asegurarte que el agente Wilson tarde o temprano dará al traste con todo el tinglado. Hablaste bien cuando afirmabas a tu apasionado aspirante a cadáver, que era preferible vivir lejos y con dinero.

Ella escanció en una copa, y bebió ansiosamente. Talbot prosiguió:

—Si no aludes a la muerte de Bulks, tampoco yo lo comentaré. Mañana por la noche los contrabandistas, cinco con el patrón, traen un alijo importante, y esperarán que Bulks les guíe. Si tú me instruyes, yo puedo ser Bulks. Testigos no quedarán para acusarte de felonía.

Ella tembló un poco, tensos los miembros. Seguía sin mirar de lado, porque contemplaba a Talbot por el espejo…

—Cuanto aquí ha pasado, lo escribiré, dejándolo en sitio seguro, para el caso en que pasado mañana por la mañana, no pase yo a recogerlo por imitar a Bulks Entonces, alguien te delataría, y perderías libertad y dinero. En alianza conmigo, disfrutarás libertad completa y dinero… porque muertos los cinco, las joyas las repartimos. Si no soy bastante claro, pregunta. No hay asesinatos ni crímenes. Tú suprimiste a Bulks porque era un negro cobarde, y poco hombre para competir con los cinco de las joyas. Tú entiendes en hombres… Si dudas que yo pueda repartir contigo las joyas, sin dejar testigo alguno, la solución es sencilla. Le cuentas todo esto al patrón, y yo pasado mañana puede que esté en el fondo del mar, pero tú vas a la horca por la muerte de Bulks. Tu voz es deleitable, morena.

Ella continuó mirando hacia el espejo, al contestar.

—Tengo miedo de ellos… y también de ti.

—Pasará. ¿Viniste aquí enviada por el patrón?

—Sí.

—¿Con qué finalidad?

—Averiguar si… tenía intención de delatar.

—Cuando veas al patrón hay dos respuestas: Bulks es muy fiel, o Bulks está muerto. Y yo me presenté y te hice una oferta.

Ella forzó una sonrisa trémula…

—Tengo que pensar, señor…

—Yo pienso por ti, y es mucho mejor. Ahora, cuando salgamos de aquí, nos separaremos en la ciudad. Verás al patrón. Si le dices que Bulks ya no sirve de guía, y le cuentas mi visita, en el infierno te recompensarán esta fidelidad. Si le dices que mañana Bulks estará en la brecha, en la tierra hallarás los placeres que el dinero concede.

—Tengo que pensar, señor…

—Mañana cuando obscurezca estaré por aquí. No llevo bigote, pero me lo juego a todo evento. Tú solo has de pensar en la horca, para pasado mañana, si eliges fidelidad a un patrón cuya barca está a punto de naufragar. Eres guapa, Déborah… Tal vez tú y yo, podríamos hacer un viaje lejos, si me conviniera irme. Si no hago el viaje contigo, puedes estar segura de que lo arreglaría todo lo mejor

para ti. Y ahora, vámonos. Puedes quitarte los zapatos para no estropearlos en los riscos. Y me darás el brazo… como dos novios… atados por el flechazo de un gran negocio al cincuenta por cien.

Ella se soltó las medias para irlas enrollando a sus tobillos. Después se quitó los zapatos, en los que introdujo las medias.

En el suelo, un charco de sangre se iba extendiendo… Burt Talbot cogió el codo derecho de la cuarterona, colocándose a su izquierda. Sonreía amablemente al invitar:

—Un paseo al claro de luna, silencioso. No resbales ni empujes, morena. Vete pensando, que si te parezco necio, cambiarás de modo de pensar algo tarde, cuando estés asándole. No ha nacido hombre que me engañe, ni mujer que siquiera lo intente.

Ella echó a andar sobre sus desnudos pies, medio metro delante de Burt Talbot. Fuera, sorteó los guijarros y musgo, asegurando los pies.

Caminaron silenciosos, hasta que fué visible el inicio de la calle descendente. Burt Talbot no había soltado el codo, y la obligó a detenerse.

Susurró a su oído:

—Libre, morena… Libre de elegir entre horca y collares de los de «verdad». Mañana al obscurecer, por este camino, te esperaré… a ti, o a los cinco contando al patrón. Suerte, Déborah guapa. Andando…

Ella se sentó, para volver a colocarse medias y zapatos. Murmuró:

—Hasta mañana, señor…

Burt Talbot la vio alejarse. Era su gran jugada; la gran ocasión. Ahora todo dependía de los «pensamientos» de la cuarterona. Y a él, le tocaba evitar caer en cualquier emboscada, si ella prefería ser fiel al desconocido «patrón».

Dió un rodeo, y a las doce y veinte, llegaba al hotel, donde el conserje nocturno le comunicó el mensaje telefónico por alguien que no dió su nombre.

Burt Talbot se instaló en un sillón, esperando. Estaba construyendo el andamiaje mental para salir indemne y victorioso en el «gran negocio», cuya primera base la dió su constante acecho de Jeremiah Bulks.

A las doce y cuarenta, el conserje atendió la llamada telefónica.

Miró a Talbot, replicando:

—Sí, está aquí. Bien, señor.

Tendió el aparato a Talbot, que escuchó:

»—¿Talbot?

—Servidor.

»—Venga inmediatamente. Le espero.

—Al instante.

Colgó, y tras tomar un «taxi», lo abandonó a doscientos metros del 87 de la amplia y paradisíaca Avenida de las Azaleas siguiendo a pie, cuando comprobó que el «taxi», dando un viraje, regresaba al centro.

La verja estaba abierta y esperaba Percival, que le condujo hasta el despacho, cuya puerta cerro el propio Wanders.

—Jornbolm ha muerto ahogado. ¿Qué hacemos?

VIII

Burt Talbot, sin replicar, fué a sentarse. Miraba la estatuilla que Wanders había recogido en una segunda visita al piso alto. Estaba sobre la mesa, fulgente de plata pero mortecina…

Ralph Wanders, sentado al otro lado de la mesa, esperó.

—Tiene los nervios alterados, Wanders. Vaya recobrando su temple de acero, y para ayudarle le contaré una historieta, que viene como anillo al dedo en réplica a su pregunta bastante inocente. Acaba usted de preguntarme: «¿Qué hacemos?».

Talbot, antes de proseguir, encendió un pitillo:

—Había en Chicago una revista muy tonta. No la compré hasta el día en que por aburrimiento eché un vistazo a la portada. El dibujante representó a un hombrecillo endeble, que alzaba la cabeza muy desafiante, con los brazos cruzados. Estaba en un camino desierto de la montaña, y le rodeaban siete bandidos muy mal encarados, con rifles y pistolas, encañonándole, y uno de los bandidos, con cara de incertidumbre le decía al jefe de la banda: «Jefe; dice el tipo que no nos da la cartera. ¿Qué hacemos?».

A la pausa de Talbot, dijo Wanders:

—En otra ocasión quizás apreciaría el chiste. Ahora, no.

—No es chiste. ¿Por qué el bandolero preguntaba a su jefe lo que tenía que hacer? Porque no había compenetración entre ellos, porque eran novatos. Quiere que le ayude, y empieza por ocultarme lo que hay tras de esta calavera de plata. Ayer convertí un estrangulado, en ahorcado por suicidio. No piense que repetiré la faena, porque sería absurdo un segundo suicidio. Por siete mil dolares, he de hacer un trabajo limpio y cerebral. Para ello, necesito saber qué significa esta calavera de plata. Usted tiene la palabra.

Wanders sacó del bolsillo de su batín la cartulina escrita con letras mecanografiadas. Leyó en voz baja:

«Tampoco Jornbolm quiso ceder su fortuna, que como la de Ringers pasa a engrosar el capital social de la Banca Wanders, a la cual doy un plazo de cuarenta y ocho horas, a cuyo término un Wanders morirá, pero no serás tú, Ralph Wanders».

—Estaba debajo de la estatuilla.

—Dijo usted que no había tocado nada, cuando murió Ringers.

—Y lo certifico. En la muerte de Ringers no había mensaje como éste ni nada escrito.

—Hay dos íntimas conexiones visibles: una entre usted, Jornbolm y Ringers, y otra entre la muerte de sus dos socios y esta calavera, cuya primera aparición señaló la muerte de Ringers. Forzosamente, usted ha de saber la relación entre la sociedad particular Ringers, Jornbolm y Wanders, y la Calavera de Plata.

Titubeó Wanders. Burt Talbot dijo con dureza:

—Hay secretos entre bastidores en las finanzas. Secretos que estima usted tienen un gran valor… de chantaje. Calavera de Plata lo pide todo. Y usted no quiere darlo. Si yo alejo definitivamente el peligro y lo resuelvo, me contento con cien mil dolares. Calcule, Wanders, y vea cuál de las dos operaciones le resulta más económica.

—Ignoro completamente quién puede ser el asesino.

—Forzosamente, alguien de la casa.

—¿Insinúa usted… que yo…?

—Es una hipótesis que acometería a cualquier policía de poca monta. Usted inventa Calavera de Plata para quedarse con las dos partes de sus socios, en alguna operación poco limpia. Yo descarto esta posibilidad. No sería usted tan chapucero como para eliminar a los dos socios en su propia casa… Pero alguien en esta casa es el asesino, o facilita el paso al asesino.

—Jornbolm insinuó que Geny Low…

—Hay un punto común en los dos asesinatos. Los dos difuntos eran fuertes. No iba a estrangularlos una mujer, a menos de poseer una fortaleza imponente… Por cierto, Wanders… Recuerdo que la señora Wanders, hoy al parecer, paralítica, era imponente, majestuosa, campeona de tenis y natación…

—¡Dios mío! —Y se cubrió Wanders el rostro con las manos—.

Esto que sugiere es horrible, indecoroso y absurdo. Mi pobre Eleanor es una inválida… ¿y qué motivos podría tener…?

—El mejor camino es despejar los obstáculos, Wanders. Si la Calavera de Plata no encubriera nada perjudicial para los tres, a la muerte de Ringers usted no habría acudido a mí, sino a la policía oficial. Estimo pues conveniente, si le interesa que siga yo prestando mis servicios, que empiece desde un principio, desde la primera amenaza… Si no, abandono este trabajo, y búsquese otro.

Ralph Wanders tenía la frente perlada de frío sudor. Era evidente que le resultaba muy violento revelar el secreto de la asociación entre Ringers, Jornbolm y él, que había dado origen a la Calavera de Plata.

Por fin ojos cerrados, empezó el relato…

El reloj encima de la mesa despacho marcaba la una y trece de la madrugada cuando Ralph Wanders, agotado moralmente, terminaba su explicación.

El reloj de esfera luminosa y cerco de plata, colocado encima de la mesita de noche de la alcoba de Déborah Miller, marcaba la una en punto.

Tras bañarse en agua espumosa y caliente, donde fundía loción de sales de lavanda y polvo de jabón de jazmín, Déborah Miller, los pies desnudos en chinelas rojas, envuelta en bata de gasa sonrosada, terminó de mirarse al espejo de su coqueta.

La una en punto de la madrugada coincidió con una llamada. Era el timbre nocturno. El que al ser pulsado en la puerta exterior de la casita solitaria entre jardines, suscitaba en el salón y en la alcoba el melódico tintineo suave de un carrillón, que desgranaba las notas sentimentales de una canción antigua del tiempo heroico del Alabama.

Sólo una persona podía llamar exactamente a la una en punto, aquella noche del martes al miércoles. El hombre por el cual ella era capaz de todo…

Fue a abrir presurosa. El entró, y apenas la puerta fue cerrada, Déborah Miller se enlazó, rendida en voluptuoso abrazo.

El visitante era alto, delgado pero fuerte. Su rostro revelaba decisión y energía. Unos ojos grises de mirada penetrante, inquisidora. Se sentó en el diván del saloncito, donde sólo una luz azul indirecta, tamizaba los contornos.

Déborah Miller preparó la mezcla favorita del visitante. Jugo de fresas, angostura y ron, vertiendo después sobre la rodaja de limón, poco a poco, el agua caliente de una tetera.

El visitante debía estar habituado al uso de uniforme, con guerrera, porque pese a vestir de paisano, y llevar camisa de cuello blando, mantenía erguido el mentón, y de vez en cuando, parecía comprobar si tenía el botón de cierre ajustado.

—¿Y bien? ¿Reconoció Jeremiah que el agente del
F. B. I.
Freddy Wilson, le siguió hasta los riscos?

—Sí. Entonces le insinué que nos podrían descubrir. Dijo que el agente le ofreció la prima por la delación. Aceptó traicionarte, mi bien. Quería que yo huyese con él, después de quedarnos con el alijo de mañana por la noche.

Fué bebiendo él, lentamente, la aromática infusión, que ella acababa de traerle, para después acurrucarse, arrodillada a su lado, apoyando la cabeza en sus piernas.

—Le maté, mi bien. Podía haberte delatado. Lo dejé muerto en la gruta. Y cuando iba a irme, me encañonaba con una pistola un agente que dijo ser privado, negando fuera el agente Wilson.

—¡Estúpida necia! ¿No matarías también… al del
F. B. I.?

—No, mi alma. Le hice creer que me pensaría su ofrecimiento. Hice ver que le creía, cuando me propuso que callara la muerte de Bulks, y mañana por la noche, él suplantaría al negro.

—Procura decirme casi palabra por palabra lo que él te dijo. Haz memoria, estúpida…

Sumisa, con la luz de adoración en los ojos, Déborah Miller expuso casi textualmente la oferta del agente privado Burt Talbot.

Freddy Wilson miró impaciente su reloj de pulsera, que marcaba las dos de la madrugada. Confiaba mucho en el arte inigualable de Jack Ferguson, su compañero de investigaciones, pero la tardanza empezaba a inquietarle.

Desde que se separó de Jeremiah Bulks, Wilson se dedicó a reunir todos los informes que pudo obtener sobre Jornbolm, Ringers, Geny Low y los componentes de la servidumbre negra de Wanders.

Una tarea pesada, que le ocupó hasta bien entrada la noche.

Jack Ferguson, desconocido para Burt Talbot, tenía por misión tratar de averiguar cuánto hacia Talbot.

A las dos y diez de la madrugada entraba Ferguson en la habitación que ambos agentes compartían en un hotel del puerto.

—Todo se complica extraordinariamente, Freddy. Empezaré por lo peor. Me dijiste que siguiera como solo yo soy capaz de seguir, a Talbot, sin perderle de vista ni una fracción de segundo.

—Esto te pedí.

—Pues… preferí seguir a una chica.

—¡Condenado sinvergüenza! ¿Y me lo dices tan tranquilo, no? ¿Preferiste seguir a una chica, no?

Jack Ferguson rió, apaciguando con ademanes a su compañero de pesquisas, con el cual muchos riesgos había compartido.

—Después me darás el beso de paz, Freddy. Esta mañana, Burt Talbot recorrió los bazares de anticuarios. Consultaba algo raro. Enseñaba a los anticuarios un objeto esencialmente particular. Era evidente, sin necesidad de oírles, ya que yo miraba desde diversos observatorios, atento a que Talbot no me sorprendiera, que éste preguntaba si le podían proporcionar alguna figurilla semejante.

—¿Qué clase de figurilla?

—He visto toda clase de pisapapeles, pero éste bate el récord de extravagancia. El pie simula un librito de tapas negras y filo dorado. Y encima del librito está una calavera de plata. Los anticuarios iban negando, y salía Talbot. Volvía a entrar en otra tienda. En este maldito puerto hay cerca de treinta, especializadas en marfiles de China, que son de Chicago, y porcelanas de Java, que son de Filadelfia, aunque a veces se equivocan y tienen legítimas…

—Al grano, Jack.

—En la tienda número catorce, el escaparate era abierto como en las otras dos anteriores. Talbot enseñó el pisapapeles, y preguntó si le podían decir quién los vendía, o fabricaba. Y el tendero, un negro, miró a Talbot como… ¿cómo te diría yo?… Como si en vez de una calavera de plata, le enseñara Talbot una bomba con la mecha encendida lamiendo la carga de trilita. Y era esto, por lo visto, lo que buscaba Talbot… Ver el efecto que causaba su calavera. El negro quiso disimular, pero tarde. Dijo que no sabía… Pero Talbot es un tío persuasivo. Dijo tan sólo, y exactamente: «Me alojo en el "Sepherds", y me llamo Talbot. Quédate con esta

monada, y al que la mandó, dile que el mejor negocio es tratar conmigo». No añadió más, ni dijo menos. Se fue.

—¿Qué más?

—Después, fué a comer en una pocilga. Comimos los dos. Salió cuando por delante de la pocilga vió pasar a Jeremiah Bulks. Allá vamos los dos tras de Jeremiah. Iba elegante Jeremiah. Se metió en un *cabaret* bastante pasable, llamado «*Blues* Nights». Se hinchó de cerveza con miel. Y Talbot se hinchó de *whisky*. Yo me hinché, de ver piernas bonitas entre sorbos de
Coca-Cola.
Hay un tablado, ¿sabes?, y desde las tres de la tarde hasta la una de la noche, van saliendo chicas. Unas cantan, otras bailan, otras recitan… En fin, cada una hace lo que puede, y el secreto está en que enseñen lo más posible de sus anatomías. Jeremiah se metió por los camerinos, y tras él, Talbot, Jeremiah se fué, y Talbot se quedó.

—Y tú, hinchándote de ver piernas bonitas. Sigue.

—Había una mulata que cantaba bastante bien, con un cuerpo glorioso y esa seducción que en el menor gesto tienen las cuarteronas. El programa la anunciaba como Déborah. Apareció a las cinco y pico, y a las siete y pico. A las ocho y pico, atravesaba la sala, hecha un cromo, y entonces Talbot la siguió. Yo también. Escucha, otro hubiese fallado siguiendo a un tipo listo como Talbot.

—Para eso te encargué a ti esta misión. Yo hubiera fallado.

—Gracias. También Talbot se las trae. La morena ni se enteró de que éramos dos tras ella. Llegaba al final de la calle que sube hacia el barrio de pescadores, se quitó los zapatos y las medias. Más atrás, entre dos casas, Talbot se quitó los zapatos. Y yo…

—Te quitaste los zapatos. Abrevia, Jack.

—La noche, el mar susurrando, bosque, peñascos… La morena que entra en una gruta, después de repicar con una piedra. Y Talbot que se queda medio metido allí. Había un cierto reflejo, y pude ver cómo sacaba una pistola, avanzando hacia el recodo de la gruta. Me metí.

—¿Y qué pasó? Sin florituras. Estás muy satisfecho de ti mismo.

—Talbot invitó a la morena al gran negocio. La morena, por lo que oí, acababa de matar a Bulks después de averiguar si éste pensaba huir con ella y las joyas de uno que siempre llamó «el

patrón». Entonces, Talbot dijo que él no era el agente Wilson… La cameló estupendamente. Silencio o la horca. Negocio a medias. Mañana al obscurecer, o sea hoy, dijo Talbot que iba a jugarse el bigote. Esperaría a Déborah, si ésta engañaba al «patrón», y dijo que se encargaba de suprimir a los cinco incluido el patrón, y repartir con Déborah las joyas. Salieron, y cuando se separaron di un rodeo. Y fué entonces cuando me dediqué a seguir una chica, porque me pareció que lo que nos importaba era saber quién era el «patrón», ¿no?

—Hiciste bien.

—Déborah se internó en una casita muy linda. Por las luces me fui orientando. Decidí, como dijo Talbot, jugarme el bigote. Pero tú sabes que yo reto a un piel roja de los antiguos, a que me gane en seguir una pista y rastrear sin ser visto. Me encarame hasta una ventana, y esperé, porque se veía que ella esperaba.

—¿Al «patrón»?

—Un guapísimo Intendente de Aduaneros llamado Sanders. Iba de paisano, pero le reconocí, porque en el expediente de Bulks figura como declarante, ya que el mismo Sanders fué quien denunció el contrabando de piedras preciosas, insinuando que le parecía que las costas de Mobile eran las más aptas. ¿Comprendes? Denunció horas antes de que le visitara el
F. B. I.
Un tipo listo. Tan listo como Talbot.

—¿Qué pasó?

—Ella se puso mimosa, se dieron un beso que echó chispas… y tuve que volver la cara, Freddy. Aquello pertenecía a los archivos de intimidad más estricta. Ella era una leona amorosa, y él un león que se dejaba querer. Y cuando pude mirar, porque hablaban de lo nuestro, resulta que estaban convencidos que Talbot eres tú. Es decir, por lo visto él sabe que hay un agente llamado Wilson removiendo de nuevo el asunto del contrabando.

—Entonces. ¿Déborah no se dejó conquistar por Talbot?

—No. Lo cantó todo de plano. Y Sanders dió sus instrucciones. Mañana al obscurecer Déborah irá a cortarle el bigote a Talbot, bueno, hoy…

—Son ya cerca de las tres, Jack —dijo Wilson, que ya en pijama se enfundó entre las sábanas.

Había ido Ferguson desvistiéndose, y también se acostó.

—El plan de Sanders es soberbio. Lástima que Sanders no sea colega nuestro.

—Para eso está el F. B. I., para cazar a los listos.

—El plan…

—Mañana al despertar, Jack, salvo si urge.

—El bigote de Talbot está seguro hasta las ocho de la noche. Pareces triste, Freddy…

Apagó la luz Wilson, y tendido boca arriba, con las manos cruzadas bajo la nuca, replicó:

—Talbot es listo, y venteó la pista de Jeremiah, Déborah y Sanders, aunque sólo sepa que éste es el «patrón», pero no su nombre ni identidad. El cadáver de Bulks, el pobre desgraciado, debe seguir allí. Lo que me apena, es que todo el talento y valentía de Talbot, no le hayan hecho comprender la verdad de que quien mal anda mal acaba.

—Yo no puedo dormir, Freddy. Estoy reventado, y con ampollas en las plantas de los pies, pero no puedo dormir. ¿Sabes por qué?

—La calavera de plata.

—Exacto. ¿Qué pinta en este asunto?

—Mañana lo averiguaré. Hasta las ocho de la noche, tú volverás a vigilar a Talbot. Y ahora, déjame dormir, Jack.

—Pareces un marido refunfuñando: «Déjame dormir, nena, que en la oficina me traen loco». El plan para liquidar a Talbot es espléndido, Freddy. Sanders imaginó todo lo que haría él si estuviera, en el pellejo de Talbot, al que cree Wilson. Y mañana a las ocho, bueno, hoy… Déborah irá a afeitarle el bigote a Talbot… Bueno, se lo afeitaría si no estuvieras tú vigilando…

Pero Freddy Wilson dormía ya, o al menos lo fingía.

El agente Ferguson se dedicó a evocar a las bonitas artistas del «*Blues*», y en especial la inmensa atracción que era Déborah.

El agente Wilson tardó en conciliar el sueño. La última imagen que plasmó su cerebro fué la rubia y angelical Arline Wanders.

IX

Arline Wanders tenía una trágica expresión al hablar por teléfono, aunque su voz fuera casi cariñosa:

—¿Eres tú, Freddy?

»—Yo mismo.

—Desde las ocho de la mañana, he telefoneado a varios hoteles por orden de categoría, hasta que acaban de decirme que el señor Wilson está desayunando.

»—Estaba desayunando.

—¿Te molesta que le haya interrumpido? Soy Arline, ¿sabes?

Tardó un instante la respuesta.

»—No me molesta, Arline.

—Tenemos que hablar, Freddy. Ayer estuviste muy oficioso, con este triste incidente… Quiero hablar contigo.

»—Cuando quieras y donde quieras.

—¿Paso a buscarte con mi coche? Si no estás muy atareado, podemos dar un paseo hacia el Parador del Cruce. ¿Quieres?

»—Encantado, Arline.

—Voy.

Colgó ella el auricular, y su rostro, que hasta entonces forzaba sonrisa para dar a su voz entonación risueña y frívola, readquirió una trágica expresión.

Colgó Wilson, con mano poco segura. ¿Para qué quería verle Arline?… ¿Curiosidad de la que fue niña adorada desde lejos por los dos «golfos» Talbot y Wilson?

Regresó a desayunar. Se había ido ya Ferguson, dejándole la dirección del anticuario negro que recibió la última visita de Talbot y que se quedó con la macabra estatuilla de plata.

El agente Wilson olvidó a Talbot, al anticuario, a Déborah y el plan de Sanders… Lo olvidó todo.

Un hombre no pasa diez años de su vida desarrollándose de

adolescente humilde a atlético agente del
F. B. I.,
con una sola imagen femenina en el alma, sin sentir una extraña sensación cuando aquella imagen, ya hecha una mujer, está cercana, después de ocho años de no verla…

Cercana y… lejos, aunque sólo les separase la distancia que media entre los asientos del «Mercury» dos plazas, femenino en su color ámbar, que fué el coche que vino a detenerse ante el hotel.

Freddy Wilson, que esperaba, subió al coche, sentándose al lado de Arline, quien dijo sonriente:

—¿Qué tal, Freddy? Te habrá extrañado mi llamada, ¿no?

—No pudo extrañarme, Arline. Eras la prometida de Ringers y tal vez porque fuimos… conocidos de niños, quisiste explicarme algo referente a Ringers.

Ella había ya pisado el acelerador, conduciendo diestramente hacia la parte oriental de la ciudad, por la cornisa al borde del mar, que llevaba al típico Parador del Cruce.

—Quise explicarte que si bien, como dijo mi padre, yo estaba afectada por el suicidio de Ringers… que me impresionó…, Ringers para mí no era un amor. No sé si me entenderás, Freddy, pero como le unían intereses con mi padre, éste muy juiciosamente decretó que era un buen partido. Esto sucede frecuentemente… —sonrió ella, con amargura.

—Comprendo. Y si Ringers no comete su desfalco y se suicida, te hubieras casado con él, sin amor.

—Sí… Pero existe el divorcio.

—Mejor no casarse en tales condiciones.

—Pero hubiera complacido a mi padre, y más tarde, había alegado crueldad mental de Arthur.

—Puede que ahora tu padre piense casarte con el capitán Jornbolm…

Ella crispó las manos en rededor del volante. Dijo trémula:

—No… ¿Por qué dices esto?

—También el capitán es un asociado de tu padre.

—Jornbolm… se marchó esta mañana en avión a Australia. Hablemos de otra cosa, Freddy… Hay mucha sordidez en los asuntos financieros. ¿Recuerdas a Geny Low?

—La vi ayer.

—Sigue tan chismosa. ¿A que no sabes qué me dijo ayer noche?

—Tú me lo dirás.

—No sé… si me atreveré. Después, a lo mejor…

Otro hombre cualquiera habría adivinado que Arline Wanders estaba sometiéndose a una forzada frivolidad.

Pero Freddy Wilson, un buen agente perspicaz, tenía la legendaria venda que el amor hondamente sentido coloca ante las más penetrantes pupilas.

En silencio, ella siguió conduciendo. Y comprendió que el maligno Burt Talbot tenía razón… ¡Aquel pobre Freddy estaba enamorado de ella en forma excepcional! «Un hombre de una sola pieza, Arline —había dicho Talbot, delante de Ralph Wanders, a las tres da la madrugada—. Un hombre que a los catorce años estaba enamorado locamente de ti, y que sólo sigue pensando en ti».

—¿Qué dijo Geny?

—Después te lo diré, Fredy. Yo soy una muchacha educada un poco a lo escéptico; pero tú no eres ninguno de estos muchachos modernos, y por esto mismo, tengo que elegir mis palabras, para no chocarte. Además, esta noche dormí muy mal, y a lo mejor digo más tonterías que de costumbre.

Cuanto oía Freddy Wilson, era pura melodía. Poco después, el coche describía la amplia curva contorneando el parque delante del lujoso Parador del Cruce.

Eligió ella una mesita en la segunda terraza, dando frente al mar, y provista de un amplio parasol que podía graduarse a voluntad hacia el ángulo más oportuno.

Hacía fresco, pero era agradable en aquel soleado día, que iniciaba la tragedia íntima del agente Freddy Wilson.

Un camarero con frac blanco, anotó la petición, retirándose con la discreta elegancia de un chambelán.

Las consumiciones pedidas valían el doble que en cualquier bar lujoso de Nueva York.

—Me interesaría mucho conocer algo de tu vida, Freddy. Debe ser muy emocionante tu profesión. Dice papá que un agente del
F. B. I.,
tiene la categoría intelectual de un catedrático, y la anónima calidad de un héroe esforzado.

Explicó él con entusiasmo su aprendizaje en la Academia de

Quantico. Anécdotas triviales, y al fin ella que había escuchado como absorta, murmuró:

—No has citado una sola vez ninguna novia.

—Nunca tuve. Ni tengo. Es que… mucho trabajo, ¿sabes? —Y enrojecidos los pómulos, Freddy Wilson bebió la mitad de su limonada.

Ella luchaba íntimamente. Como dijo Burt Talbot conseguiría la salvación moral de su padre, haciendo feliz a un «pobrecillo» muchacho, que no era de mal ver. «Dando esperanzas al hombre, anulas al agente, que podría sentirse curioso por la desaparición de Jornbolm».

Y el «pobrecillo» muchacho se estremeció al ella decir:

—Eres muy distinto a todos los que conozco, Freddy. Hasta el mismo Talbot, con toda su facilidad de palabra, es distinto. ¿Cómo decírtelo? Tú das la sensación de que una está protegida a tu lado. Por cierto, debió extrañarte ver a Talbot en casa. Yo leí su anuncio, y mi padre supuso que serviría para evitar que trascendiera, el motivo por el cual se suicidó Ringers.

—Así me lo indicó el señor Wanders, y como Burt fué mi amigo, me callé mi personal opinión sobre Burt. No es mal chico, pero ha elegido poner su talento al servicio de sucios negocios… ¡Cuidado, que no aludo a este caso! Ya todo está claro… pero en otros anteriores, se le echaban manejos poco limpios. Sin pruebas.

Ella asentía. Y replicó:

—Me agradaría que te destinasen a Mobile, Freddy.

—Puedo conseguirlo… —Y apuró la limonada.

Hacía fresco, y sin embargo, sentía Wilson, que las palmas de sus manos ardían. Ella, sonriendo, no tuvo que fingir al manifestar:

—Tratar a un amigo de la infancia como tú, me resulta algo así como una vuelta a la infancia.

—¿Qué… qué te dijo Geny?

—Afirmó… que apenas me miraste, pero que tus ojos y tu actitud indicaban… Bueno, es una tontería, Freddy.

—¡No es tontería! No mires hacia mí, Arline. No podría hablar…

Ella volvió la cabeza, mirando al mar. Él prosiguió febril:

—Años y años con tu imagen en mi corazón, Arline. Sabiendo que era absurdo, que era aspirar a lo imposible… Por ti, sería capaz de matar, de mentir, de… ser perjuro. Todo… por conseguir tu…

amor.

Se calló, respirando como quién se asfixia. No se atrevió a mirarla. Sintió en su diestra el suave contacto de la mejilla femenina, y una voz que para él procedía del cielo, dijo:

—No te amo todavía, Freddy pero creo podré amarte como te mereces. Estoy cansada de galanes falsos, y en cada palabra tuya… rebosa la verdad. Haz que te destinen a Mobile… y cada día, podremos estar juntos, siempre que estés libre de tu trabajo.

Contra su diestra seguía apoyándose la mejilla satinada, y mil repiques de gloria martillearon en las sienes de Freddy Wilson, cuando sintió contra sus labios el roce alado y sutil de un beso…

Ella se apartó, y, poniéndose en pie, dijo:

—Vámonos, Freddy… Tienes que quererme, mucho, porque… estás transformado en la imagen petrificada del triunfo.

Dificultosamente, halló él las palabras necesarias para replicar:

—Dios te… bendiga, Arline.

Se volvió ella bruscamente, encaminándose hacia el coche. No quería que él la viera llorar.

Freddy Wilson, de mente sana y noble, no tuvo ni por un segundo la menor sospecha.

Mientras llamaba al camarero para pagar, meditaba que era natural, y había oído decir que muchas ricas herederas, desconfiadas, aceptaban el humilde amor de un hombre sincero, de clase distinta…

Al llegar al coche, ella estaba acabando de espolvorear sus párpados. Explicó:

—Tengo esta costumbre, porque cuando duermo mal, enrojecen mis párpados. ¿Dónde te dejo, Freddy?

—En el Banco. Tengo que hablar con tu padre.

Arrancando, preguntó ella.

—¿Para qué?

—Lo normal. No quiero me crea un cazadotes. Arline. Quiero que sepa que la única fotografía femenina que poseo, es la tuya… La recorté de una revista…

—Te daré cien —dijo ella, emocionada.

—Te tengo a ti. Y me querrás, Arline. No valgo, pero…

—Calla, Freddy, por favor. Vales mucho más que yo, que todos nosotros. Eres mucho más noble… No creo que a mi padre le

extrañe que te haya correspondido, tan pronto, ya que sabe que siempre dije que detestaba a los hombres de nuestro medio ambiente. Ya de pequeños, Freddy, te prefería a los que venían a casa, y al mismo Burt…

Freddy Wilson no iba en coche. Iba en carroza de oro, conducida por un ángel. Detuvo ella el coche ante la suntuosa entrada de la Banca Wanders.

—¿Cuándo nos veremos, Freddy?

—Mañana a primera hora habrá terminado la misión que me trajo a Mobile. Y obtendré el traslado aquí. Hoy tengo que hacer varias gestiones. Mañana, a la misma hora, Arline…, pero sin tu coche. Iremos en tranvía, en autobús, o en «taxi»… pero has de ir empezándote a acostumbrar… a la idea de que no soy millonario. Gano bien, y tendremos coche y casa, pero yo no viajo en tu coche, ni… bueno…

—¿Mitad, mitad, no, Freddy? —sonrió ella—. Tu sueldo y mi pensión mensual por la misma cantidad. Tu coche, nuestra casa. ¡Hasta mañana, Freddy!

Partió el coche, velozmente… Freddy Wilson se sorprendió silbando en el ascensor. Un pasillo que abrumaba de solidez costosa, y un despacho en el que una secretaria, le preguntó su nombre. Después, ella llamó por un teléfono interior, diciendo:

—El señor Wilson pide ser recibido, señor… Muy bien, señor.

Se levantó, y con amable sonrisa invitó a Wilson, a cruzar una puerta abierta.

Impasible, limpiándose las gafas, Ralph Wanders, dijo:

—Adelante, muchacho; adelante. Siéntate… ¿Un habano? ¿Un cigarrillo? Pareces muy contento…

Con un habano y un cigarrillo en la diestra, declaró Wilson:

—Resulta, señor Wanders, que hace ya ocho años que sin ver a Arline, la quería con toda mi alma. Usted perdonará, pero soy muy torpe. He hablado con Arline, y aunque ella todavía no me quiere, cree que sí… Bien yo le pido autorización para…

Tosió Wanders, con gravedad. Angustiado, Wilson manifestó:

—Yo puedo llegar a inspector del
F. B. I.,
señor Wanders. Y los sueldos, sin ser exorbitantes, son decentísimos.

—No es esto, muchacho —objetó, paternalmente, Wanders—. Yo

quiero mucho a Arline, y no quisiera que ella se dejase llevar por un impulso del momento. Fuisteis amiguitos cuando niños, y te ve volver hecho todo un héroe anónimo… ¿Comprendes? Tranquilízate, muchacho; estás destrozando un buen habano y un buen cigarrillo… Yo no me opongo a que os caséis, cuando ella esté segura de sí misma.

—¡Gracias, señor Wanders; gracias! Y ahora, tengo que confesarle una grave falta. Le ruego me prometa no tomarlo a mal… Es mi oficio. Resulta que la presencia de Burt Talbot me pareció sospechosa… Pero comprendo que me dejé llevar por cierta rivalidad entre nosotros dos. El suicidio de Ringers es indudable… Pero yo quise cortar un cabello en cuatro… Le ruego me perdone.

—Muchacho —dijo, severamente, Wanders—. ¿Qué locura es ésta?

—Es que Ringers tenía una lesión cardíaca, y al ahorcarse, no debió sufrir muchas convulsiones, pensé. Y sin embargo, estaba arañado, pero comprendo que me extravié. Basta con su crédito moral, señor Wanders. Repito me perdone. Se lo ruego.

—No debería hacerlo, Freddy; porque me has ofendido sólo con pensar que yo pudiera ocultar nada. En fin, será tu oficio, como dices. Olvidado, Freddy. Y ahora, perdóname tú; tengo trabajo pendiente. Y lo dicho. Si Arline juzga sólido su sentimiento hacia ti, me honraré con tu ingreso en la familia Wanders. Certifico que serás un digno miembro de nuestra familia.

En la calle, Freddy Wilson sentía deseos de abrazar a cada transeúnte que pasaba. El cielo era azul, el sol reía, el aire olía a flores, y era un hombre feliz.

Fue a un bar apurando seguidos dos combinados. En realidad, gracias a Talbot, estaba a punto de conseguir el gran triunfo, liquidando en menos de cuarenta horas el asunto del contrabando.

Debería denunciar a Talbot, pero no lo haría. Le daría un escarmiento ejemplar, aquella misma noche.

En cuanto a su indagación sobre la calavera de plata, podía esperar. Sería sin duda algo relacionado con el contrabando, y como aquella misma noche atraparía la banda entera, ya no importaba.

Jack Ferguson vigilaba a Talbot, casi más bien como protector. También para coger con todas las pruebas a la banda de Sanders, el intendente aduanero de Mobile, la máxima autoridad en Aduanas.

Era asqueroso aquel individuo, que ocupando un cargo bien retribuido, y teniendo por misión reprimir el contrabando, era el jefe de la banda de contrabandistas.

Miró la hora. Las diez y media. Tenía tiempo de ir a Montgomery, exponer a su jefe el plan de captura de la banda, y exponer también su hondo convencimiento de que se dejó llevar de un particular sentimiento de rivalidad con Talbot al suponer algo turbio en el suicidio de Ringers.

Su jefe aprobó todo. Se limitó a decir que ya suponía que era imposible que hubiera anormalidad en un suicidio testificado por el forense y el pericial. A las seis de la tarde, Freddy Wilson estaba de nuevo en Mobile.

X

Burt Talbot durmió desde las seis de la madrugada hasta las dos de la tarde. Había tenido una noche muy atareada.

No salió para nada del hotel. Esperaba… Sentía la misma euforia que el general que intuitivamente adivina las maniobras enemigas, y prepara un plan de contraataque, sin fallos.

El enigma de las muertes de Ringers y Jornbolm, al parecer tan complicadas, era sencillísimo, si como él hizo, se partía de una base infalible. Con rejas, dogos y negros atléticos, nadie podía entrar de noche en la mansión Wanders… salvo si una reja, un dogo o un negro, no cumplía con su deber.

Y luego, estaba el punto más esencial. Aquél en que con toda su inteligencia financiera, no había reparado Wanders.

Ringers y Jornbolm eran dos hombres valientes y fuertes. Además, estaban alertados por una amenaza surgida quince días antes de la muerte de Ringers.

Un simple cartón en sobre de tarjeta de visita, por correo, dirigido a cada uno de los tres componentes de la razón social Wanders - Ringers - Jornbolm. Razón social que entendía de asuntos mineros y navieros.

El cartón con letras mayúsculas escritas a máquina, decía lo mismo para los tres:

> «PLATA —TAMBIÉN MORIRÁS— SALVATE ENTREGANDO TU ENTERA FORTUNA —COMUNICA ACEPTACIÓN INSERTANDO ANUNCIO PERIÓDICO CITANDO PALABRA PLATA— RECIBIRÁS INSTRUCCIONES PARA ENTREGA —PLATA».

En el mensaje había dos palabras extrañas. La repetición de

«plata», y la frase: «TAMBIÉN MORIRÁS». ¿También?… Había que relacionar plata, la calavera que era asimismo de plata, y la amenaza «también morirás».

Esto lo hizo Talbot después de leer el anónimo, tras la muerte de Jornbolm.

Pero antes había ya hecho su deducción, acerca de la incongruencia que representaba que dos hombres fuertes como Ringers y Jornbolm, amenazados de muerte, fueran tan fácilmente sorprendidos, el uno en el baño, y el otro en su alcoba.

Era preciso que para ser sorprendidos no desconfiaran de la persona que les visitaba de noche, privadamente… Éste era el punto de arranque de la investigación acerca del que mataba dejando bajo los pies colgantes, una estatuilla macabra…

El teléfono sobre su mesita, sonó. Escuchó:

—¿Talbot?…

—Yo mismo.

—De cierta razón social, dos han sido liquidados. Usted hizo ayer cierta visita, y notificó estaba dispuesto a tratar.

—En efecto. El tercer socio está dispuesto a entregar las partes enteras de los otros dos asociados, que le pertenecen, y el octavo de su propia parte. Como representante, recomiendo acepte. No ignora ya que sus dos afiliados, han sido identificados. No podría usted efectuar su tercera colocación de figurilla plateada, porque entonces mi representado, abandonaría toda consideración social. El libramiento de la cantidad total, que importa una suma considerable, se verificará muy sencillamente: en mano al afiliado masculino. Y tanto ustedes, los tres afiliados, como el último socio, mi representado, tienen el mayor interés, en que ya terminado este asunto, nunca más se cite. Es una operación ventajosísima para usted.

—Todo o nada.

—Entonces, nada, amigo. Y antes de veinticuatro horas, ustedes tres, estarán a buen recaudo. Mi representado está firmemente dispuesto a dar por terminada la negociación, si no es aceptada su demasiado generosa oferta.

—La generosidad es desconocida para el que alude.

—Llamémoslo consideración social, su buen nombre. Decídase ahora mismo, y sepa que después, el cumplimiento más estricto por

ambas partes queda asegurado. Ustedes, porque irían adonde puede suponer, y mi representado porque abandonaría toda consideración social, y él mismo, daría publicidad a todo.

—Entreguen a mi afiliado masculino.

—De acuerdo. Y por último, abandonen los tres los Estados, para siempre. Es cláusula indiscutible. Podrían representar una tentación evidente.

Colgó Talbot. Un asunto terminado. Quedaba el de Déborah. Casi podía abandonarlo, puesto que había ganado ya ciento siete mil, una fortuna.

Pero en Talbot más que el propio dinero, existía el amor al riesgo, el afán de vencer a los demás…

Volvió a coger el teléfono, pidiendo un número. El particular de Ralph Wanders, quien aguardaba su llamada.

—Ya está resuello. Reconocerá que todos mis cálculos eran matemáticos. Y sin tener noticias, yo mismo puedo predecir que también la muñeca rubia siguiendo mis consejos, ha logrado vencer el único obstáculo que quedaba.

—Así es. Se considera él, prometido a mi hija. Extenderé su cheque, Talbot.

—Hágalo como le solicité. En cuatro fracciones, a mi nombre, y en los Bancos que le anote. Añada un volante a cada uno, demostrativo de que son beneficios de operaciones sobre acciones. Gracias, y no hay de qué. Encantado de haberle sido útil. Adiós.

Rebosaba de íntima soberbia Burt Talbot cuando, media hora después, volvía a dormirse, tras avisar a la camarera que le despertaran a las siete en punto.

Obscurecía a las siete y veinte, aproximadamente. Y era noche plena, clara por el reflejo de una luna casi agresiva en su rotundidad, cuando Burt Talbot desembarcaba de una lancha alquilada, en una caleta posterior al paraje de las grutas, en una de las cuales estaba el cadáver de Jeremiah Bulks.

Afianzó la proa con la amarra a la estaca, y sobre la roca elegida, entre pinos, oteó la tranquila placidez de la noche en aquella zona de arboleda costera.

Llevaba la indumentaria más apropiada a la difícil excursión nocturna. Un traje negro, zapatos sin brillo, camisa azul obscuro, fieltro igual, y cubrió el rostro con una seda negra, provista de dos

rendijas para mirar.

Así ni los cabellos ni el rostro formarían mancha clara, ni tampoco sus manos enguantadas en fina cabritilla negra.

Echó a andar, ajustando el tubo silenciador en la boca del cañón de su achatada pistola, con cargador de catorce balas.



Echó a andar, ajustando el tubo silenciador en la boca del cañón...

En un punto había mentido a Déborah. No pensaba matar. Tan sólo inutilizar, y en la silueta portátil que en subterráneos o parajes abandonados le servía para constantes ejercicios de tiro al blanco, había dos impactos que realizaba con suma maestría.

El primero en el antebrazo derecho, más eficaz que en la mano, donde el propio cañón del arma adversaria podía desviar el tiro.

El segundo en el muslo derecho. Era un tiro doble bien estudiado. No había que tomar dos veces la mira. Bastaba bajar un poco el cañón…

Que fueran cuatro con el «patrón», ya que descartaba a Déborah, suponía una variante. Los cuatro primeros disparos hacía cuatro antebrazos. En el punto de unión con el bíceps. Era un disparo infalible. La bala se alojaba en el antebrazo, o en el bíceps. Infalible…

Después era mucho más sencillo; otra racha de cuatro, porque un hombre herido en el brazo abre la mano, pero después intenta recoger con la izquierda su arma.

Al alojársele otra bala en la pierna, olvida por completo el afán de emplear la zurda, que ya sólo destina a cogerse el muslo herido. Una brecha quemante y doliente, pero sin peligro mortal, si el interesado, instintivamente, agarrota el miembro herido.

Mientras seguía andando, meditó en la posibilidad de que Déborah, acudiese dispuesta a engañarlo. Poco lógico sería… Nunca la raza negra y sus mestizajes se distinguió por una exagerada valentía… y mucho menos ellas, tanto más rapaces, ambiciosas y cobardes, cuanto más se aclaraba el matiz de su piel.

Surgió cerca de la gruta. Identificaba todos los rumores. El susurro del mar, sin oleaje, el leve crujido de una rama al posarse en ella, alguna de las aves nocturnas, en que abundaba aquel paraje: lechuzas, búhos…

La luna bañaba de intensa claridad los espacios abiertos, donde la arboleda no endoselaba el tapiz del suelo herboso en sus sombras.

Y divisó sola, apoyada en una roca blanca, a Déborah Miller, a mitad del sendero entre la gruta y la bahía de los pescadores. Había vestido ropa discreta, de tonalidad azul…

Desde la sombra formada entre los dos peñascos, Talbot una sombra más, emitió un silbido. Podía ser el ulular de un búho, pero

Déborah Miller alzó la cabeza, y sus ojos miraron hacia la gruta.

Lo único blanco que vió, fué un pañuelo que al extremo de su brazo izquierdo agitó Talbot.

En su posición, Talbot podía ver todo el contorno. Nadie podía sorprenderle, ni siquiera surgiendo de la gruta.

Déborah Miller vino modosamente a detenerse, en la sombra. Llevaba sandalias sin tacón, las piernas desnudas, y pañuelo azul enroscaba y ocultaba sus cabellos.

—Bien, preciosa. ¿Dónde está la trampa? —inquirió Talbot, a modo de saludo.

—No hay más trampa que la que tú me sugeriste. Pensé mucho mi conveniencia. Pensé decírselo todo al patrón, después comprendí que hace tiempo que pasó la época de los esclavos.

—Menos literatura, morena. Sería injusto que no le hiciera saber que sospecho de mi propia sombra, pero aún más de cualquier mujer. Cuando más sinceras parecéis, peor. Ayer mataste a Bulks, y hoy puedo vengar a Bulks, si pretendes engañarme.

—A las diez, y falta más de una hora, llega el alijo.

—¿En qué forma?

—Un barco de pasaje que procede de Nueva Orleans, tiene entre sus pasajeros un anciano. Éste lleva una cajita provista de flotadores, y un cartucho de ignición que se enciende a los diez minutos de caer al agua. El anciano la arroja a media milla de Mobile, en determinado punto de latitudes y longitudes. Esta cajita la va a buscar Jeremiah… La iba a buscar, y la traía a la gruta llamada «El Agujero del Diablo». Después, en la playa, al pie de la gruta, aparecían los tres cómplices del patrón, que son los que las llevan al interior. Venía el patrón porque tenía que comprobar el contenido, para evitar que el anciano o Bulks, quitaran algo.

—No está mal. ¿Y el patrón cómo viene?

—Por tierra, llega a la medianoche en punto, al «Agujero del Diablo».

—Y tú, ¿qué papel juegas en todo esto?

—Vigilar a Bulks… porque Bulks estaba loquito por mí.

—Ya está curado de su demencia. Pero, ahora…, ¿quién recoge la cajita?

—Tú. Conmigo. Si remas en una lancha, en mi compañía, quien nos vea, sonreirá… Soy muy caprichosa, ¿sabes?

—¿A qué hora lanza el anciano la cajita, y dónde?

—Cuando el barco dobla la Punta Vieja, a media milla de la costa, y del puerto. No importa… Desde el bote, remando, se ve la llamita azul del cartucho. Cuando quieras te llevo al viejo bote de Bulks.

—Puede que en el viejo bote haya jóvenes pistolas. Puede que en la caleta donde esté, se escondan tipos listos, ¿qué dices, morena?

—Si hay pistolas, si hay trampa, si te esperan, la primera que perdería sería yo. Y soy joven, me gusta vivir…

—Puede que sí, puede que no, decía el zorro oliendo a escopeta. ¿Cuál es la caleta donde está el bote de Bulks?

—La Concha del Lechuzo.

—Unos nombrecitos para adornar cuentos de nenes con agallas. Andando, preciosa. Dame tu mano… la diestra que corresponde a mi zurda. Oirás así los latidos de mi corazón, menos ruidosos que el silenciador que te escupirá una joya de plomo apasionado, si resbalas.

—Contigo no resbalo, mi señor —rió ella, nerviosamente.

Echaron a andar, cogidos de la mano. Ella un poco adelantada, él ladeada la cabeza. Ella musitó:

—Este trapo negro en la cara, en el bote…

—Cuando rememos, te daré la cara, preciosa. Ya lejitos de la playa. Hay un detalle… ¿Por qué llevas un «bikini» bajo el vestido?

—Tienes ojos que perforan. ¿Cómo lo adivinaste?

—A ratos la falda clarea, y la blusa también. No he visto nunca la moda de llevar prenda interior floreada de rojo y verde en tela de malla brillante. Un dos piezas estupendo, morena.

—Una vez, Bulks volcó. Y otra vez se nos acercó la lancha aduanera. Aquí es costumbre bañarse de noche… Bulks y yo nadábamos, y la ley no lo prohíbe, si se lleva la adecuada ropa de baño.

—Estáis en todo.

Bajaban una rampa arenosa entre dos hileras de abetos. Ella veía el alargado silenciador sirviendo de pupila que oteaba los cuatro puntos cardinales…

—No es miedo, Déborah. Es advertencia.

—Juego limpio, Wilson.

—¿Wilson? Tiene gracia… Veo que sigues creyéndome el agente del
F. B. I.

—¿Y qué? En cada banda, de la Ley o del hampa, hay traidor, si el botín lo merece. Tú abandonas el
F. B. I.,
yo abandono mi patrón.

La caleta era ovalada, lisa, y el bote de Bulks estaba varado sobre dos viguetas. Entró Talbot, sentándose de espaldas al mar. Dijo:

—No es galante, pero tampoco requiere mucha fuerza el empujar.

El agua bañaba la proa. Ella hizo deslizarse el ligero bote sobre los dos tableros inclinados, y saltó ágilmente, sentándose a popa.

Empezó a remar Talbot, y cuando la línea espumosa distaba doscientos metros se quitó el trapo negro.

—Canta, Déborah, pero con sordina.

—Si me quito el vestido y las sandalias, será más adecuado, Wilson. Me llevas a bañar.

—Bueno, sirena.

Ella, con las dos piezas floreadas, breve tira en rededor del busto, y triangular en torno a las caderas, se arqueó, colocándose de lado.

Canturreó con ritmo la balada del marino sediento que bebió sangre de su enemigo…

Se interrumpió para decir:

—Va a doblar la Punta. Es el «Arpegian». Un correo regular entre Nueva Orleans y Mobile.

—¿Qué hacía ahora Bulks?

—Remaba de conserva, hasta meterse en la estela sucia del correo. Y cuando el correo estaba ya pidiendo práctico, la llamita azul brotaba.

Una hora después, una llamita azul brotaba… En el mar, no había más que las lejanas luces de Mobile, y las más lejanas parejas de pesca, en el horizonte de mar.

—Zambulle —sonrió Talbot.

Ella en pie, escultura racialmente perfecta, describió un arco, sumergiéndose para surgir cinco metros más allá, y con brazada

lateral, de marinero, encaminarse hacia la llamita que fosforescía…

La llamita se apagó, y ella alzó el brazo chorreante, manteniendo al extremo de la mano la cajita, que Talbot asió y a la vez le tendió la otra mano, para ayudarla a subir.

Tembló ella un poco al sentarse, y bajo una lona recogió una amplia tela esponjosa, con la que se frotó antes de envolverse en ella.

Remando en sentido inverso, ahora hacia la playa, dijo Talbot:

—Abre la cajita, morena. He estado pensando todo lo posible, pero no conocía este truco. ¿Cuándo sale el correo «Arpegian» de Nueva Orleans?

—Salió anoche a las siete.

—¿A las siete? Entonces, no tuvo tiempo el patrón de cablegrafiar al anciano para que en vez de joyas pudiera una bomba de relojería —rió Talbot—. O para substituir las piedras por quincalla. Abre, Déborah.

Ella separó las vejigas hinchadas, que con un silbido fueron vaciándose. Las tiró al agua. Quitó la malla de acero, después dos telas grises, impermeables, y por fin apareció la caja de corcho.

Una caja de corcho que al abrir Déborah la tapa, mostró luminosos destellos blancos, glaucos y rojos. Diamantes, brillantes y granates. Silbó entre dientes Talbot.

—¿En cuánto tasas esto, preciosa?

—Ciento cincuenta mil de beneficio para el patrón, porque tiene que comprar. Dijo que este alijo le costó ochocientas mil.

—Que vendido bien, donde yo me sé, valen medio millón. ¿Y si ahora nos visita una lancha motora?

—Está previsto, Wilson. Aquí…

Ella tocó el remo derecho, y sonó a hueco el entronque. La playa distaba cien metros.

—No hay nadie. Los tres acuden exactamente a la medianoche.

—¿Dónde está la Gruta del Diablo?

—Aquel agujero en la misma caleta donde estaba el bote de Bulks.

—Bien. Resulta que tu patrón puede creerme el agente Wilson, y por lo tanto, estimar gracioso que el
F. B. I.,
le traiga la mercancía. Y supone que me interesa cogerle.

—Dijiste que los suprimirías. Serían testigos, y en ningún rincón del mundo tendríamos reposo, porque estos ochocientos mil en piedras, son el acumulamiento de ahorros del patrón, que cada vez ha ido aumentando la compra.

—Parece que tienes empeño en que suprima a tus amigos. Estás en traje de baño, Déborah. Podría decirte que te zambulleras y te fueras nadando. Pero sería infame, ¿no? Pero también, ¿qué necesidad hay de volver a tierra? Preparé catorce balas, por si aparecían antes que las joyas, tus amigos.

—Haz lo que quieras —sonrió ella, relucientes los ojos.

—Siempre lo hice.

Empezó él a remar, alejándose del Agujero del Diablo. Ella se tendió indolentemente, mirando la cajita cerrada entre los dos bancos.

La costa distaba otra vez media milla, cuando Talbot tendió el oído. Era identificable el petardeo de una lancha motora. Y vió el penacho abierto ante la afilada proa.

—¡Los aduaneros, Wilson! —apremió ella—. Desenrosca el remo, pronto… Así… —Y las piedras preciosas fueron rutilando en cascada dentro del hueco mango.

Burt Talbot dejó de remar, cuando la lancha, levantando a babor paquetes de espuma, la hizo bambolear.

Al volante, un piloto uniformado. Y a la borda, un individuo de rostro enérgico, vistiendo el uniforme de Intendente de Aduanas.

El loco giratorio, invadía de luz la frágil embarcación. En pie, provocativa en su «bikini», saludó Déborah Miller:

—Es muy higiénico el baño de noche, señor. ¿Perdieron algo?

Sanders pulsó dos botones laterales del foco, y la luz muy suave, permitió a Talbot mirar sin pestañear. Sanders dijo:

—Buenas noches, y disculpen. ¿Me permite su documentación?

Burt Talbot vió cómo el piloto lanzaba el cable con garfio, sujetando la borda del bote, para acercarlo, y evitar se distanciara.

Talbot conservaba la diestra bajo la solapa. Con la mano izquierda sacó su licencia de ejercer la investigación privada. La tendió, y Sanders leyó en voz alta:

—«Burt Talbot, de Mobile, detective privado». Perdone, señor Talbot, es usted casi un colega mío. Ambos tenemos por misión reprimir la propagación del delito. Buenas noches. Hoy el tiempo es

agradable, y no hay peligro en nadar, pero están algo lejos de la costa. Buenas noches.

—A usted también —saludó Talbot.

Era natural que el piloto sacara el garfio con fuerza, alzándolo, pero su calculado movimiento hizo chocar el redondo hierro contra la barbilla de Talbot, mientras Sanders se abalanzaba, empujando hacia atrás los dos codos de Talbot…

Déborah Miller se asía a la borda de la canoa. Y fue entonces, cuando los tres, que habían trasladado al desvanecido Talbot a bordo, volvieron las cabezas, tensos los músculos…

Respiró Sanders.

—Otra lancha aduanera. Vienen a veces inoportunamente. Pasa a tu bote, Déborah. Les despediré con un pretexto razonable.

En lancha, aproximándose, reveló el uniforme del que conducía. Al lanzar su garfio para juntar las dos motoras, Ferguson sonreía divertido, mientras Freddy Wilson, saltaba…

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, extrañado, Sanders.

—F. B. I., y manos quietas, Sanders. Y tú también. Cruzadlas a la nuca, mientras os anuncio que vuestros dos compañeros agazapados en el interior del Agujero del Diablo, están ya metidos en celda.

Ferguson colocaba en las muñecas cruzadas a la nuca un par de esposas. Sanders, que quiso protestar, había recibido en pleno estómago el certero puñetazo de Wilson…

Cayó arrodillado junto al tendido y desvanecido Talbot. Lo esposó Ferguson. Y ayudado por el piloto aduanero, trasladó a Sanders y su cómplice a la otra motora.

Déborah nadaba desesperadamente, grotesca en su terror… Dijo Wilson:

—Péscala, Jack, y llévatela con los otros dos. A remolque el bote de Bulks, y recoge el remo, que la morena tiró al agua.

Cinco minutos después, en donde antes estuvieron tres embarcaciones y una mujer nadando, sólo quedaba, bamboleándose levemente, apagado el motor, la canoa aduanera, sin piloto.

Talbot, hinchada y azuleada la parte inferior del rostro, masticó de lado. Escupió dos trozos de diente, maldiciendo… Un hililllo de sangre se había secado juntó a la comisura de sus labios.

Bajo el mentón hinchado cubriendo la brecha un esparadrapo, sostenía gasa impregnada de coboidal cicatrizante.

Se incorporó en el diván de la cabina.

Miró rabioso, al tener ya pleno dominio de su cerebro, y quedó boquiabierto contemplando a Freddy Wilson, sentado frente a él. Miró en rededor… Mar, reflejo lunar, soledad…

—¿Qué ocurre, Burt? Parece que te han partido la boca.

—Gajes del oficio, Freddy. Como te dije ayer, y te pedí permiso, iba a ventear la pista del contrabando. Quise atrapar a toda la banda, y… ¡Maldición! Escaparon todos. ¿Dónde me has pescado, Freddy?

—Con ellos. El Intendente Sanders era el «patrón». Muy hábil. Alguna que otra vez denunciaba como sospechoso, apenas tocaba puerto, un barco u otro. La policía registraba a todos los pasajeros y Sanders recorría la costa con su motora, la oficial. Iba solo con el piloto, y de vez en cuando bajaba a tierra, diciendo que inspeccionaría. Así se entrevistaba con Bulks, Déborah y los otros tres, uno de los cuales era el propio piloto que te dio con el garfio. Todo Mobile admiraba la valentía de Sanders, que personalmente quería terminar con los contrabandistas.

—Muy listo el patrón. Y… también tú.

—Gracias a ti —dijo sin sonreír.

—Mi intención era, cuando tuviera la banda entera y las joyas, ir por la recompensa ofrecida.

—Pudiste pedirme ayuda.

—Verás… Estudié el expediente Bulks. Era su denunciante Sanders. Todo el mundo estimaba que Sanders era un chivato… al servicio de la Ley. Cuando le vi aparecer, no me entró la sospecha. Un fallo.

—Escucha, Burt. Estamos al cabo de la calle, Ferguson y yo.

—¡Natural! Ahora la morena, y los otros, dirán lo que se les antoje. Verás cómo son capaces de insinuar que yo pretendía quedarme con las piedras, y que soborné a la morena. Esto fué lo que hice, claro… Para ganármela, y la muy…

—Ella quería a Sanders. Otra vez tienes a tu favor, el beneficio de la duda, Burt.

—¿Qué duda?

—Saber si tu honradez aceptaría cobrar una recompensa,

pudiendo quedarte con las joyas metidas en el mango del remo.

—La duda ofende… —Quiso sonreír Talbot, cínicamente, pero su mueca se trocó en gemido de dolor—. Un poco más, y me rompen la quijada. En tu informe, ¿qué dices, agente Wilson?

Freddy Wilson ahora sonrió, al replicar:

—Hoy es el día más feliz de mi existencia, talento.

—Es de noche.

—No importa. Y como soy feliz, no quiero amargarte la existencia.

—¿Amargarme a mí?

—Si hubieses querido coger a la banda, habrías ido al Agujero del Diablo, porque con las joyas en el bolsillo, después de ver la llamita azul, confiabas casi plenamente en Déborah. Te largabas, Burt… ¿Está claro?

—Depende. Ante un tribunal, no. Yo podía largarme con el botín, camino de la denuncia. Y esto afirmo.

—Y así lo digo en mi informe. Hiciste más… Peleaste con Sanders, como tienes evidente prueba. Eres casi un héroe, Burt Talbot. Y también dirá lo mismo Ferguson… aunque los dos estamos convencidos de que eres un granuja.

—Tanta generosidad me abruma y enternece, agente Wilson. ¿Faltando usted a su deber?

—No falto a mi deber, por cuanto si el final ha variado levemente, he terminado bien mi misión, gracias a tus primeros pases. Cobrarás una recompensa… la quinta parte del valor del alijo. A dime, Burt, suponiendo que fuera verdad lo que es mentira, es decir, que pensaras entregar la banda y las joyas, a la ley… ¿no sentirías ahora una íntima satisfacción? En vez de esto, sientes rabia… porque piensas que la quinta parte es inferior al total que te habías imaginado.

Burt Talbot bebía de su frasco metálico. Tapó, y encendió un cigarrillo, después de pasarse un pañuelo por los labios cortados.

—Has ganado, Freddy. Y creo que me voy a retirar de los negocios. La recompensa me permitirá reposar. En el fondo… a lo mejor, si no llegas, tan… iba a decir inoportunamente, pero no, el que llegó inoportunamente fue Sanders. Bien, tal vez me hubiesen liquidado. ¿Por qué eres tan generoso conmigo?

Freddy Wilson paladeó su respuesta:

—Voy a casarme con Arline Wanders.

—¡No! —exclamó, con fingida sorpresa, Talbot.

—Así es. Y ahora una advertencia. Dijiste en Montgomery, apenas nos volvimos a ver tras larga separación, si era yo soltero, y quisiste saber si tenía novia. Lo que de niños no tenía importancia, la tiene ahora. Voy a casarme con Arline… porque sabré ganármela. Y sin dramas ni cinismos, contesta, Burt Talbot. ¿Qué piensas hacer?

—Ella es millonaria, y no estáis aun casados. Es bonita, angelical, y todo lo que quieras añadir.

—Falta algo por añadir. Si tú… intentases algo, aunque esté seguro de que ella me prefiere… Escucha, voy a hablarte con el corazón, Freddy. Me apena ver que tu talento lo empleas mal. Pero no me incumbe ser tu juez, mientras no me ordene mi jefe detenerte, si te deslizas. Ahora bien, yo nunca he querido a otra mujer que no fuera mi madre… y Arline.

—Basta, hombre —gruñó Talbot—. Eres un idiota, Freddy. Si ella te quiere, ¿de qué valdrían mis triquiñuelas de castigador? Precisamente ella estará harta de tipos como yo. También ganas aquí, y oye, seré como dices, un granuja, pero no un canalla, y aunque lo fuera, ofendes a Arline al creer que me puede preferir a mí. Ya te he dicho que voy a reposar, viajando.

Freddy Wilson fué a poner el contacto. Petardeo el motor, y en silencio condujo hasta el embarcadero. Encaminándose hacia las dependencias, Talbot dijo:

—Mi regalo de bodas tendré que pensármelo bien.

—El único regalo que de ti quiero, es sencillo, Burt. ¡Condenado te veas si no lo haces! Que te retires del sendero resbaladizo. Vive con tu talento, pero dentro de la ley. Puedes. Y oye, me quedó un punto por aclarar. Ayer entregaste a un anticuario una estatuilla…

Iba un poco delante Wilson. No pudo ver la súbita crispación muscular de Talbot…

—Una calavera de plata. ¿Qué relación tiene con Sanders?

—La encontré en mi habitación… Con una amenaza. Busqué, y resultó que un anticuario, sabía que esta calavera de plata se la compró Déborah. Significaba muerte, y por esto iba yo prevenido. Si la quieres, la recuperaré.

—No tiene el menor interés. Es un detalle completamente ajeno

al informe. Ahora firmarás la declaración que prepararemos, Burt. Después… suerte.

—Lo mismo digo.

El anticuario quedó avisado para que en caso de presuntas, dijera que la calavera de plata se la había comprado Déborah Miller. No agravaba el caso de la que fué condenada a seis años de presidio, al aceptarse la tesis del enamorado defensor, mulato, de que mató a Bulks, defendiendo su honra.

El agente Wilson, tres semanas después, era destinado como agregado a la plantilla oficial de Represión del contrabando de la Costa, con residencia en Mobile.

Y al mes de estancia en Mobile, se casaba con Arline Wanders, que al murmurar la sílaba «sí» ante el juez de paz, lo hizo de todo corazón, porque amaba ahora de veras a Freddy Wilson.

XI

No había ya rejas, ni dogos en la mansión Wanders…, ni servidumbre negra, sino lacayos y doncellas ingleses, de la mejor agencia.

Jornbolm fué hallado ahogado en una playa australiana. Los cangrejos habían devorado su piel. Un accidente de muerte por congestión.

Ralph Wanders había envejecido bastante, pero seguía siendo impasible y autoritario. Su esposa, paralítica, no abandonaba sus habitaciones, aunque recibió cordialmente a su yerno.

Geny Low, al día siguiente al suicidio de Ringers, había partido hacia Europa. En Mobile se comentó que ya era hora, que dejara de vivir a expensas de los Wanders, que la consideraban una hija adoptiva. Se rumoreó que algunos turistas de Alabama, la vieron en Montecarlo, llevando una vida algo escandalosa. Se desquitaba… Lo peor es que iba acompañada de un negro… desconocido en Mobile. Lo último…

Freddy Wilson en su casa adquirida a largos plazos, con su mobiliario confortable, de la misma procedencia, era feliz.

Arline Wanders tenía una cocinera y una doncella, pero no echaba de menos los lujos habituales. Confesaba que era mucho más delicioso ahorrar para comprar a cierto plazo, que limitarse o entrar en la tienda, pedir, y llevarse lo que al cabo de poco, era fastidioso.

Freddy Wilson se conformaba con ser un «oficinista», ya que la costa de Alabama era ahora sólo empleada por bañistas y pescadores legítimos.

De vez en cuando recibían una postal, matasellada primero en el Canadá, después en Hawaii, y la última en Méjico. Decía siempre lo mismo:

«Eterna paz». Y firmaba: «Burt Talbot».

Una mañana de octubre, lluviosa, en su despacho, Freddy Wilson encontró una carta. Le extrañó, porque no era correspondencia oficial, y, sin embargo, estaba dirigida a su nombre y oficina.

Olía el sobre malva a menta… ¿Menta? El perfume favorito de Geny Low. El matasellos decía: «Miami Beach. Florida».

Rasgó el sobre, pensando que ya era hora que comunicara sus noticias, la desagradecida que nunca escribió a los Wanders.

Empezó a leer, y por dos veces, se pasó la mano por la cara, como si quisiera borrar la convulsa mueca de su rostro lívido. Terminó de leer, y abatió la cabeza sobre sus dos manos abiertas, crispadas…

Y empezó a reír primero con suavidad, después salvajemente. Cuando alzó el rostro bañado en lágrimas, susurró:

—¿Lloras de tanto reír, Freddy Wilson?

Dobló la carta, que metió en su sobre, introduciéndola en su bolsillo. Abrió un cajón y tomó la pistola, casi una insignia, un adorno, desde hacía meses.

Comprobó su funcionamiento, y la engrasó. Después, introdujo dos balas. No había más que dos destinatarios. Burt Talbot que le «ganó» miserablemente… y ella, Arline… la gran actriz, que vendió sus labios para con ellos acallar a un agente del
F. B. I.

Se levantó, y mirándose al espejito encima del calendario, comprobó que estaba demasiado excitado. Ardían sus ojos en un rostro blanco.

Fué serenándose, mientras escribía en una cuartilla:

> «Una pista que acabo de encontrar, me hace ausentarme urgentemente por unos días. Comuníquenlo a mi esposa».

Firmó y dejó visible la cuartilla en la cesta metálica de encima de la mesa, cuyo contenido era recogido al mediodía.

En la calle, cogió su coche. Si la primera bala la destinaba a Arline, podría Talbot escapar. No, no… Debía refocilarse, reírse por dentro, como seguramente se rió Talbot allá en la canoa motora, cuando él le anunció su felicidad.

Crispadas las manos, aceleró hacia el Sur. La última postal de

Talbot procedía de Méjico, capital. Remitida una semana antes.

A las siete de la noche llegaba a Nueva Orleans. No había comido nada. Pasó media hora, y le concedieron la conferencia telefónica con una agencia de viajes de la capital de Méjico.

Se limitó a indicar que dejaba pagado en la agencia de Nueva Orleans, filial, el precio solicitado por un informe. Averiguar discretamente, porque era una sorpresa, en qué hotel se alojaba el súbdito americano Burt Talbot.

La respuesta la solicitaría por la mañana siguiente, en que llegaría a Laredo, Texas, en la frontera con Méjico.

Siguió devorando millas toda la noche, acompañado por el tenue aroma mentolado de la carta de Geny Low.

A las cinco de la mañana, agotado, durmió pesadamente en un hotel de Laredo. A las diez, obtenía el informe.

Burt Talbot estaba en la playa de Acapulco, hotel Miramar, habitación 342, piso octavo. Solo.

Dejó el coche en Laredo. Un tren, atravesando en sesgo el territorio mejicano, le depositó a las diez de la noche, en Acapulco.

La inmensa bahía de la estación balnearia más suntuosa de Méjico, rutilaba de belleza romántica, tibio el aire. Se oían músicas cadenciosas surgiendo del extenso semiarco luminoso de terrazas de hoteles para millonarios, donde se bailaba en cena poco saludable, pero propicia a idilios breves, y discretos escándalos.

El hotel Miramar se erguía blanquísimo con sus doce pisos, de balconadas con telas listadas de colores vivos.

Un camarero cuyo blanco frac le recordó a Wilson, el del Parador del Cruce, donde unos minutos valieron por siglos, manifestó, contestando a su pregunta:

—El señor Talbot cena en su habitación, privadamente, señor. Puedo, si quiere el señor, hacer llegar al señor Talbot un aviso discreto.

—Da igual, esperaré. ¿Hay habitaciones?

—Sí, señor. Por favor, le acompañaré a la gerencia.

El gerente mostró el plano donde las habitaciones ocupadas tenían una cartulina blanca con un nombre, velando el mobiliario y disposición de ventanas, cuarto de baño y antesala.

Puso Wilson el dedo en la marcada «344», piso octavo, junto a la cual el plano señalaba en cartulina blanca: «Señor Burt Talbot».

En la antesala, Wilson entregó quince dolares, porque no llevaba equipaje, y no quería ser tomado por un aventurero. Detalles de su carácter, pensó, al anunciar.

—Mañana por la mañana me iré.

A solas, volvió a pensar en su extraño carácter. Iba a matar a un hombre y después regresar para matar a su esposa… y no quería que el obsequioso gerente le tomara por un aventurero.

Desde el abierto balcón, se distinguía la ancha semiluna azul obscuro. Blancas velas de balandros… Música… Risas de Mujer… Éste era el ambiente de Arline Wanders, Jenny Low y Burt Talbot.

Se sentó, después de apagar todas las luces que había encendido el gerente. ¿Cómo fué tan cándido de suponer que Arline Wanders podía corresponderle?

Del balcón contiguo brotaban rumores, risas confusas, y el cristalino chocar de copas. Después, una radio… Cada turista que pagase los quince dolares de pensión diaria, tenía derecho al usufructo de una radio.

Se asomó. En el balcón contiguo, una pareja bailaba. Ella, con vestido de noche amarillo; él, impecable en su *smoking*.

Y de pronto, casi con brusquedad, Talbot separó a su pareja, y a la vez apagó la radio, exclamando sorprendido y alegre:

—¡Que me muera, si no es Freddy Wilson! Oye Susan, después nos veremos. ¡Un instante, Freddy! Vamos, Susan. Bajaré luego al bar.

Protestaba ella, y se oyó el ruido de la puerta.

«Que me muera, si no es Freddy». Wilson, fue a abrir la puerta de su antesala. Encendió la luz… Irrumpía Talbot.

Con fría decisión. Freddy Wilson disparó el puño derecho y el izquierdo. Alcanzado en la sien y en el estómago, Burt Talbot se desplomó.

Al recuperar el sentido, estaba sentado en hondo sillón, y delante suyo lo primero que vió fué la pistola con que le encañonaba Wilson.

—No te muevas, talento. Apretaré el gatillo apenas te muevas, alojándote una bala en tu cochina frente. Me ganaste, Talbot. Y estuviste genial al aconsejar a Arline que me cerrara los ojos.

Burt Talbot sin moverse, porque sabía adivinar cuándo el que tenía enfrente iba a matar, dijo, sombrío:

—Ella quería salvar a su padre del deshonor y de la cárcel. Nos estuvo escuchando, mientras Wanders y yo hablábamos después de la muerte de Jornbolm. Entró… y se abrazó a Wanders. Dijo que haría todo lo que fuera. Y aconsejé. Tú la querías. Y la has obtenido, Wilson. ¿Qué importa como fuera? Es tu esposa, ¿no? Sé que vas a matarme, Wilson, porque eres de una sola pieza. Sin matices. De una sola pieza.

—¿Por qué no ríes ahora, Talbot?

—Reí, y no lo niego, cuando Arline declaró que podría llegar a quererte de veras. Pero no reí cuando la noche en que Sanders pudo matarme, tú hablaste de tu felicidad. Eras otro, Wilson. Eras otro. Transfigurado, como el creyente que ve la luz de lo alto. No es creíble, ya lo sé. Yo soy para ti un cínico.

—Lo has sido y eres, Talbot. ¿Algo más?

—Cualquier día iban igualmente a quitarme la piel. No me da miedo morir, Wilson. Lo siento por ti. Palabra, Wilson. ¿Ves en mi rostro rencor, miedo o truco?

—Rencor… ¿tú? Sólo yo puedo con derecho odiarte. Si sabes que de un momento a otro te abriré con plomo la tapadera de tu maldito cerebro, trata al menos de morir como te corresponde, como mueren los malvados que hasta el último segundo se las dan de valientes.

El cañón de la pistola tenía la postura que sólo un ejercitado usuario emplearía. No había medio de desviar el arma con un puntapié. Ni cogerla. La culata se apoyaba en el estómago de Wilson.

Tampoco lo pensó Talbot, que arrellanado, colgantes los brazos, dijo:

—Tú tienes un trabajo decente y una esposa decente. ¡Sí! Ella lo es, y por completo. ¿Acaso te dijo que te quería, cuando te declaraste? ¿Acaso estaba obligada a casarse contigo, una vez tú confesaste a Wanders tus sospechas y quedó evidente que sinceramente creías en el suicidio de Ringers? En cuanto a Jornbolm, lo empaqueté, sí, de modo que no cabía descubrir, y fué a Australia, donde en mi primer viaje lo «desempaqueté». Ya no había el menor peligro por tu parte. ¿No se casó ella contigo? ¿La obligue yo? ¿Quién la obligó? Oye, talento. No es esto mi defensa ni la de Arline. ¡Es tu indulto!

—Habla, sigue hablando, talento.

—No quiero convencerte, animal. Teníamos que terminar así. Vas a matarme. Uno menos en el mundo, y al fin y al cabo, harto estoy de rodar. ¿Después? Dado tu carácter, matarás a Arline. Y van dos. Entregarás a Wanders. Y van tres. Y por último, te pegarás un tiro. Y van cuatro.

—Calculas muy bien, Talbot. Siempre fuiste así.

—¿Y qué? La justicia quedará satisfecha muy relativamente, porque no parecieron crímenes las muertes de Ringers y Jornbolm. Y si vive Wanders, escapará con poco…

—Vive.

—Vivía —sonrió, agriamente, Talbot—. No es trampa. Hueles a menta, Freddy. Muy poco, tenuemente… Y tengo yo en mi bolsillo otra cartita, de la víbora de Geny Low. En ella me advierte que bien informada de los correos, yo recibiré su carta diez horas después que tú la tuya. ¿Te asombras, Wilson? Oye, ¿puedo encender un pitillo?

—Intenta a ver si es un pitillo… o tengo que darte fuego.

Burt sacó una pitillera que abrió. En el compartimiento de oro, opuesto a dónde se alineaban unos cigarrillos, había un sobre color malva.

Cerró la pitillera y encendió su cigarrillo. Expuso:

—Geny me anunciaba que huyera, que me escondiera. Esto hubiese querido la víbora. Y aquí estoy. Esperándote. Geny decía también que Arline recibiría otra cartita diez horas después que tú. Opinaba que el orden natural de tus reacciones sería primero el granuja de Talbot, después tal vez Wanders, y, por último, ella. Duele matar a quien se quiere, y hay que meditarlo bien. Por eso te dije que Wanders tal vez no esté con vida. Geny también le envió otra esquelita, y a cuya lectura sería extraño que Wanders no se levantara la tapa de los sesos. Últimamente, tengo noticias de que estaba muy fatigado.

—¿Por qué me has esperado?

—Ya me conoces. Yo me juego el bigote, si vale la pena. Y valía la pena. Que dispares contra mí, no tiene importancia. Yo también tengo fatiga. Una fatiga distinta a la de Wanders. Él se cansó de apalear millones. Yo de abrazar Evas que me dejan después un infinito cansancio en el alma y mal sabor de boca, por más

placenteros que sean sus labios. Tú me ganaste siempre, Wilson. Porque tenías esperanzas limpias. Trabajo, familia, respeto social… En fin, esto de que me río, porque no sé encontrarlo. Y antes de que me ponga triste, cosa que no sienta a mi género de belleza, dime, Freddy Wilson, ¿quién gana?

Freddy Wilson colocó la pistola en los tirantes de la funda axilar. Sudaba, y miró como Talbot sacaba su frasco de *whisky*, bebiendo… También sudaba Talbot.

—Este clima es anemiante, Wilson. ¿Te has indultado?

Sin contestar, Freddy Wilson se encaminó hacia el teléfono inferior. Pidió:

—Conferencia con el… Apunte… Conferencia urgente con el «789-QW»,
de Mobile. Avisen aquí, al 344.

Regresó a sentarse. Burt Talbot arrojó una bocanada de humo.

—Dame un trago, Burt.

—Y dos también, Freddy.

Bebió ansiosamente Wilson. Después, comentó:

—Desgraciada Geny. A veces debe ser un tormento para según que caracteres tener que agradecer. El principio de su carta era desagradable. Decía, y me sé de memoria las palabras: «Agente Freddy Wilson: Un experto especialista, el undécimo que he consultado, me ha ratificado el informe de los anteriores, aunque abreviando el plazo. Estoy rematadamente tuberculosa, y metiéndome en un sanatorio, rodeada de cumbres nevadas, puedo durar, a lo sumo, medio año. Antes de irme, he decidido que sepas que eres un pobre infeliz, un desgraciado, un cándido, que…».

—Otro trago, Freddy. La baba de la alimaña nunca manchó la pureza del armiño. El armiño es Arline.

—Me explicaba todo detalladamente. La mina de plata que encontró un aventurero, al cual mató Ringers. Después, el informe técnico. La mina tenía mucha plata, pero también muchos gases. Era peligroso, era casi mandar a la muerte a los mineros. Jornbolm y Wanders reclutaron mineros negros. Los pagaban espléndidamente. Iban a Australia. Fueron cerca de dos mil, y volvieron menos de trescientos. Estallidos de gas, derrumbamientos de galerías… Un asesinato financiero. Geny Low era la amante de Ringers. Le resultó fácil estrangularlo. Después, Percival lo colgó.

Jornbolm no iba a desconfiar de Percival, que lo ahorcó. Y el anticuario tenía preparada otra calavera de plata. Geny, una depravada, estaba sometida a la influencia extraña del anticuario, hijo del aventurero que descubrió la mina. Y entre los tres, planearon la venganza… o la restitución de la gran fortuna que hicieron Ringers, Jornbolm y Wanders con la mina de plata.

—Y si Wanders acudía a la policía, tenía que citar la mina australiana. Un expediente revelaría la muerte accidental y profesional de mineros… y también que el segundo informe que permitió abrir las galerías a la explotación, lo obtuvo Wanders sobornando a un ingeniero. Sucio, y el descrédito para Wanders. Yo no removería este barro, Freddy. Tú no traicionaste al

F. B. I.

Di mejor que la garantía moral de Wanders influyó en ti. Y mis manejos, tal vez menos sucios que los de la razón social Ringers, Jornbolm y Wanders.

—Lo revelaré todo al

F. B. I.

Es mi obligación.

—Eres muy libre, Freddy. De todos modos, no pienso volver a los Estados.

Repiqueteó el timbre del teléfono. Freddy Wilson escuchó:

—Conferencia pedida, señor Wilson. Hablen, hablen…

Lejana, pero clara, la voz de Arline Wilson, dijo:

—Mi padre, Fred… Muerto… Y mi angustia, Fred. Nunca más que ahora necesito tu protección, tu perdón… porque siempre te quise, sin saberlo… hasta cuando te mentí, allá en el Parador… Mi padre, Fred… Háblame, dime algo… ¡Por Dios santo, Fred, dime algo!

Freddy Wilson replicó concisamente:

—Tú has de perdonarme, Arl. Tú has de perdonarme. Espéranos, que no tardaremos. Ten serenidad, Arl. Vamos allá.

Colgó, y al enfrentarse con Talbot, éste preguntó:

—¿Vamos? ¿Quiénes?

—Tú y yo.

—Escucha, Freddy, ya está bien. Yo puedo aun sacarle jugo a la vida. Y maldita la gracia que me hace que me lleves a veranear entre rejas, cuando hay por el mundo muchas playas.

—Vamos, Burt. Sé muy bien cuál es mi deber. Buscar para ti un trabajo decente, una mujer decente… y todo eso de que antes te reías. ¡Vamos!

En el avión, poco antes de posarse en el aeródromo, dijo Talbot:

—Simular muertes accidentales, contra la ley, oscila entre un año y doce. Tiene también mucha gracia que acepte el año… porque me darán las atenuantes… sólo porque me hayas convencido.

—También me convenciste tú. Me indultaste.

Sobre el despacho de Ralph Wanders, junto a su cráneo roto del pistoletazo, había un residuo de cenizas, que desparramaron un suave olor a menta.

Y junto a la mano que ajustició, había unas líneas firmadas por Ralph Wanders:

> «Certifico que no es la causa de mi muerte voluntaria, la próspera y comprobada solidez de mi Banca. Me quito la existencia, porque mis facultades mentales han perdido solidez. La cláusula tercera de mi testamento especifica que entregada la mitad de mis bienes particulares a mi viuda, sea distribuido el resto entre los posibles familiares de la lista nominal de mineros fallecidos en Australia. Mi hija tiene bienes personales. Dios nos perdone a todos los que llegamos a este final.
>
> »*Ralph Wanders*».

Geny Low no escribió al
F. B. I.,
porque tenía la convicción de que Freddy Wilson, el agente «todo de una pieza» haría su informe.

El
F. B. I.
recibió una solicitud de cese del agente Wilson. La suplicaba por motivos comerciales. Necesitaba ganar mucho dinero, y conservar su vida, porque iba a ser padre.

La mansión Wanders ya no tiene rejas, dogos y negros, porque la viuda Wanders cedió al estado de Alabama la propiedad del

edificio, orfanato para mineros.

Y en Miami, hay una gran pancarta, que dice:

«WILSON Y TALBOT *Agentes privados de investigación*».

Investigaciones limpísimas, sin trampa. Burt Talbot sigue soltero, pero afirma que le llegará su día, porque la pequeña Adela Wilson, ha jurado casarse con él. Y en el cofre de juguetes de Adela Wilson, figura un escrito firmado por Burt Talbot, que dice:

> «Juro solemnemente no crecer más, en espera de que me alcance al hombro la señorita Adela Wilson, que, a su vez, promete desdeñar a cuantos se presenten requiriéndola en matrimonio».

Está escrito en recia cartulina, y es el juguete preferido de Adela Wilson. Y Burt Talbot estima que mientras en el mundo exista el tesoro inefable de una inocente sonrisa de niña, siempre habrá redención para el género humano.

FIN

CONSERVE ESTE EJEMPLAR

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERIA NACIONAL QUE CORESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DIA 5 DE JULIO DE 1952, RECIBIRA USTED LA CANTIDAD DE:

Nº 008416

250 PESETAS EN EFECTIVO

para lo cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: Editorial **BRUGUERA** - Proyecto, 2 - Barcelona, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con los de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la Lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.43S y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiese varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, se entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE: Cada una de nuestras colecciones, Pimpinela, Madreperla, Rosaura, Amapola, Servicio Secreto y Bisonte, obsequiará todas las semanas a sus lectores con premios de 250 ptas.

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 287 - María Teresa Lara.
HA DESAPARECIDO UNA MUJER

Núm. 288 - María Adela Durango.
EL SEÑORITO ENRIQUE

Núm. 289 - Alberto A. Cienfuegos.
UNA MUJER SIN NOMBRE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 183 - Corín Tellado.
ELLA ENTRE LOS DOS

Núm. 184 - Nylhama.
CUANDO EMPIEZA UNA VIDA

Núm. 185 - María Carmen Rey.
UNA JUGADA DEL DESTINO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 127 - Isabel Salueña.
MI VIEJO PADRINO

Núm. 128 - María Pilar Carré.
UNA MUCHACHA TERRIBLE

Núm. 129 - Pamela del Valle.
LA PROTAGONISTA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 13 - Rose-Mary Gultall.
TESORO OCULTO

Núm. 14 - Sergio Duval.
LA ENEMIGA

Núm. 15 - Amparo Lara.
LA MELODÍA MISTERIOSA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCIÓN BISONTE

Núm. 228 - M. de Silva.
CORAZÓN DE NIÑO

Núm. 229 - Orland Garr.
EL FUGITIVO DEL ESTE

Núm. 230 - Peter Debry.
AQUEL VIEJO FUSIL

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCIÓN IRIS

Núm. 2 - Arnaldo Visconti.
LOS TRES GUERRILLEROS

Núm. 3 - Arnaldo Visconti.
PUERTO ESCONDIDO

Núm. 4 - Arnaldo Visconti.
SANGRE EN CEILÁN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 92 - Jack Grey.
STANLEY, EL SIMPLE

Núm. 93 - Peter Debry.
CALAVERA DE PLATA

Núm. 94 - F. P. Duke.
DOBLE TRIUNFO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 Pts.



COLECCIÓN AUTORES FAMOSOS

Núm. 35 - Lynn Westland.
EL VALLE DEL PELIGRO

Núm. 36 - Clem Yore.
FRONTERA DE TEXAS

Núm. 37 - Oscar J. Friend.
LA ÚLTIMA REDADA

APARICIÓN BIMENSUAL. PRECIO 16 Pts.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 pts.